

## COMENTARIOS DOMINICALES CICLO B

Los comentarios contenidos en este documento corresponden a "esquemas para homilías" preparados por el padre Beltrán Villegas ss.cc. para su propia predicación a través de los años. María Angélica Llona hizo una selección de estos esquemas, que fueron publicados por la Comisión Nacional de Pastoral Bíblica, de la Conferencia Episcopal de Chile, en un libro titulado "Esquemas para Homilías. Ciclo B".

Los comentarios están ordenados siguiendo los tiempos del Año litúrgico. El tiempo ordinario, que tiene algunas semanas entre el término de Navidad y el inicio de Cuaresma, está agrupado en un solo bloque después de Pascua. A veces hay más de un comentario por Domingo.

El orden que se sigue es el siguiente:

Adviento  
Navidad  
Cuaresma  
Pascua  
Tiempo Ordinario

### 1º ADVIENTO - B

Is 63,16b-17; 64,1.3b-8; 1 Co 1,3-9; Mc 13,33-37

El Adviento es el tiempo de preparación cristiana de la Navidad. Jesús no va a nacer de nuevo; la Encarnación no va a tener lugar otra vez. El Hijo de Dios vino a nuestra historia, y esa venida no se va a repetir. Pero "el que vino" es siempre "el que va a venir"; ninguna de sus venidas históricas agota su capacidad de hacerse presente a nosotros. Y si la Iglesia quiere que la actitud dominante en el Adviento sea la "esperanza gozosa", es para que el recuerdo enternecedor de la Navidad no nos ancle en el pasado y para que nuestra existencia esté abierta hacia el "futuro en Dios", abierta para acoger a Cristo de manera inédita, sabiendo que en todas sus venidas hay una dimensión de juicio que nos llama a conversión.

Es muy importante subrayar que la esperanza cristiana no es la esperanza de recibir "algo" sino la esperanza de recibir a "alguien". Este rasgo característico de la esperanza cristiana sólo es comprensible a partir de la experiencia cristiana básica y fundante de que todo se reduce a la persona de Jesús: nada hay valdero que no se nos dé en "la maravilla de haber conocido a Cristo Jesús nuestro Señor", por quien todo se nos vuelve insignificante y en el cual todo lo encontramos transfigurado y lleno de sentido. El que ha encontrado a Cristo y ha experimentado su presencia vivificadora de Resucitado, ya no puede esperar ni desear más que una cosa: el encuentro definitivo con él, que nos hará "estar siempre con Cristo" (única definición de la bienaventuranza eterna válida para S.Pablo: Tes 4,17; Flp 1,23).

La esperanza no nos lleva a "esperar" pasivamente, sino a "buscar" dinámicamente esa plenitud que Dios nos ha prometido y que se concretiza en la persona de Jesús. Tenemos la experiencia dolorosa de nuestras deficiencias y limitaciones, de nuestras frustraciones y fracasos, tanto a nivel personal como social; y tenemos que aceptar que jamás en nuestra vida

mortal e histórica podremos superar del todo esto que llamamos la "condición humana" Pero no por eso desfallecemos, dice S.Pablo "por el contrario, aún cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, sin embargo nuestro hombre interior puede irse renovando día tras día" (2 Cor 4,16). Y esta renovación se da cuando vamos contemplando el rostro del Señor (cf. 2Cor 3,18) y lo vamos conociendo mejor, sabiendo que jamás agotaremos su riqueza y plenitud. Si nos contentamos con la imagen de Jesús que nos quedó del catecismo infantil, si no buscamos conocerlo más personalmente, si no nos duele el conocerlo tan poco sabiendo que en él vamos a encontrar el sentido del enigma de nuestra existencia, no estamos en la dinámica de la esperanza cristiana y nuestro Adviento corre el riesgo de quedarse en lo folclórico.

S.Pablo dice que la obtención de la plenitud del Reino es "para todos los que han esperado con amor la manifestación del Señor" (2Tim 4,8). ¿Cabemos nosotros en esta descripción?

## **2º ADVIENTO - B**

Is 40,1-5.9-11; 2 P 3,8-14; Mc1,1-8

### **1) Del Déutero - Isaías al Bautista**

El profeta del destierro había anunciado a los exiliados un mensaje esperanzador: Dios ya iba a venir a salvarlos, y había, eso sí, que preparar el camino del Señor que venía con todo su poder para cuidar como un pastor a su rebaño. (1ª Lectura)

Pasada la coyuntura, la promesa del Dios que venía a salvar a su pueblo siguió en vigencia, pues el pueblo de Israel volvió a caer en poder de pueblos paganos, y la esperanza del pueblo judío se concretó en la convicción de que llegaría en su favor el reinado de Dios, y era para los judíos una evidencia de que antes de ese reinado de Dios tendría que tener lugar el Juicio de Dios entre los opresores de su pueblo.

Este esquema fue puesto en cuestión por Juan Bautista; para él, el inminente Juicio de Dios pone en juego antes que nada al mismo pueblo de Dios: "Raza de víboras..."(Lc 3,7-9). La idea del Juicio se convierte en sus labios en la exigencia de que *Israel* reflexione sobre *su* relación con Dios y se pregunta si es un asunto claro y seguro. Ser linaje de Abraham no constituye ninguna garantía de salvación; Dios no se deja atrapar por las expectativas humanas de salvación. Incluso Israel tiene que acercarse a Dios mediante una conversión eficaz y una actitud de autocrítica. La confianza en una salvación sin la colaboración ética del hombre queda hecha pedazos. Lo que importa no es esperar del futuro el fin de toda aflicción y miseria; lo decisivo es la conversión aquí y ahora. La expectativa escatológica se transforma en una interpelación religiosa y ética, urgente e impostergable.

### **2) Del Bautista a Jesús**

Jesús comparte el planteamiento de fondo de Juan Bautista: Israel necesita convertirse. Pero se aparta de él en un punto capital: mientras todo en el Bautista está puesto a la luz del inminente y tremendo *Juicio* de Dios, todo en Jesús está puesto a la luz del *reinado* de Dios, entendido como oferta y posibilidad de salvación. Jesús va a definir su ministerio con su actitud de "no apagar la mecha humeante ni romper la caña trizada" él va a procurar que su pueblo se convierta experimentando la ternura y la misericordia de Dios, descubriendo que El

es ante todo un Padre lleno de amor y de perdón. Jesús va a encarnar en su persona la actitud del Dios Pastor bondadoso de Is 40,10-11.

Debido a esta diferente visión de las cosas, van a ser también diferentes las actitudes de Jesús y las del Bautista: éste era el asceta riguroso del desierto, mientras que Jesús fue un hombre que compartió la vida normal de la gente, mezclándose incluso con los indeseables: "glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores"

### 3) **Conclusión**

Tenemos que acoger la interpelación de Juan Bautista a plantearnos siempre la necesidad de una conversión personal e intransferible. Pero el móvil de nuestra conversión no debe ser el temor del Juicio de Dios, sino la experiencia del Amor gratuito de Dios nuestro Padre revelado en la venida gratuita e inmerecida de su Hijo Jesús. Nuestro lema no debe ser el de los judíos de Qumram - vecinos y emparentados con Juan Bautista - "Convirtámonos *a ver si* Dios se apiada de nosotros y nos envía su reino", sino el de Jesús: "Conviértanse *porque* el reinado de Dios ya está cerca" (Mc 1,15)

## **2º ADVIENTO -B**

Is 40,1-5.9-11; 2 P 3,8-14; Mc1,1-8

Lo propio y permanente de todos los textos litúrgicos durante el hermoso tiempo de Adviento es la promesa gozosa de la "Venida del Señor"; promesa que envuelve un llamamiento no sólo a la conversión y a la constancia sino también a un trabajo de preparación.

Creo que lo más esencial para nosotros es comprender por qué a Dios tenemos que mirarlo siempre como "el que viene" y más exactamente, en futuro como "el que vendrá".

La conjunción de "Dios" con el verbo "venir", subraya que la presencia de Dios en nuestra existencia humana no es nunca un hecho "natural", "físico", "neutro", puramente "fáctico". Dios se nos hace presente en virtud de una voluntad o decisión de *acercarse* él a nosotros; corresponde a una iniciativa de él ordenada a entablar una relación de carácter personal con nosotros, y se trata de un gesto que podemos acoger o rechazar. Cuando enfocamos a Dios como "el que viene", lo estamos mirando como "el que quiere venir a estar con nosotros". "mira que estoy a tu puerta y llamo" nos dice el Señor en el Apocalipsis; y continúa "Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, y cenaré con él y él conmigo". (Apc 3,20)

Les decía hace un instante que a Dios tenemos que mirarlo siempre con una dimensión de futuro, como "el que vendrá", y ello por una razón muy simple: y es que Dios nunca se agota en ninguna de las experiencias de comunión con él que sus "venidas" nos proporcionan; a Dios sólo podemos conocerlo descubriéndolo siempre de nuevo; es propio de Dios, decían los Padres de la Iglesia, ser "semper maior": siempre más grande que las ideas o representaciones que de él nos formamos. Incluso el cielo lo veía S. Gregorio de Nisa como un incesante y eterno descubrimiento de la novedad inagotable del ser de Dios.

Por eso es que la Encarnación misma, en virtud de la cual el Hijo de Dios "se hizo hombre y habitó entre nosotros" adquiere el carácter de una garantía de esa irrupción plena que esperamos de la divinidad en la existencia humana, transformándola radicalmente para hacerla "capax Dei".(adecuada para Dios)

Cuando todo esto se nos hace relativamente claro, se percibe de inmediato que la promesa de la venida de Dios incluye el llamamiento a una gozosa "conversión", y también que

plantea una exigencia de "constancia", ya que la dinámica de los "negocios de este mundo" nos puede llevar a cuestionarnos sobre el sentido de la vida fundado sobre esa promesa de Dios o simplemente a "cansarnos de esperar".

Quizá nos cuesta algo más comprender cómo estamos llamados a "preparar el camino" al Dios que quiere venir a nuestra realidad humana. Creo que lo primero que nos cabe es ser capaces de "hablarle al corazón de Jerusalén": a la gente que - como Jerusalén en ruinas - se siente "dejada de la mano de Dios", ser capaces de hablarle al corazón: de decirle no palabras impositivas o amenazantes, ni discursos intelectuales aplastantes, sino palabras que ofrezcan sentido, consuelo, alivio, certeza de un perdón renovador.

Pero creo que también forma parte de la "preparación" del camino del Señor que viene, la búsqueda de "rellenar las quebradas y aplanar las montañas": es decir, de nivelar los contrastes que son verdaderas barreras que impiden la convivencia equitativa entre los miembros de nuestra sociedad. Como dice la carta de S. Pedro si "de acuerdo con la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva donde habitará la justicia" se nos impone hacer posible desde ya una vida de paz, vale decir de bienestar compartido sin temores ni conflictos. Entonces podremos oír con gozo esa simple palabra: "Aquí está tu Dios"

### **3º ADVIENTO - B**

Is 61,1-2ª.10-11; 1 Ts 5,16-24; Jn 1,6-8.19-28

La Liturgia nos presenta hoy a una gran figura del Adviento: a Juan Bautista. Figura gigantesca, pero esencialmente definida en función de Otro: del que tiene que venir, del que él es sólo precursor, del que lo supera hasta el punto de sentirse indigno de desatarle la correa de sus sandalias. "No era él la luz, sino el testigo de la luz" ; no el Mesías, ni Elías, ni el Profeta, sino la voz que grita: "Enderecen el camino del Señor".

Vale la pena detenerse en lo que Juan Bautista dice de ese Otro: "Ya está en medio de ustedes uno que ustedes no conocen". Juan lo identificó al mostrar a Jesús como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Pero los evangelios nos cuentan que cuando estaba en la cárcel le llegaron noticias sobre la forma en que Jesús estaba actuando, y que se sintió desconcertado porque su forma de actuar no calzaba con la imagen que él se había forjado de "el Otro más grande", y al que había descrito como el que "tiene el bieldo en la mano para limpiar su era; recogerá el trigo en el granero, pero la paja la quemará en un fuego que no se apaga" (Mt 3,12). Entonces envió Juan Bautista a unos discípulos suyos para preguntarle (a Jesús) "¿Eres tú el que tiene que venir o debemos esperar a otro?" (Mt 11,2-3) . Y nos dice el evangelio que la respuesta de Jesús fue resumir su actividad y sus frutos en los siguientes términos: "los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncian buenas noticias a los pobres"; añadiendo la siguiente frase: "y feliz el que no se cae al tropezar conmigo" (Mt 11,5-6).

En una palabra, Jesús le señala a Juan Bautista que su forma de ser Mesías era de misericordia compasiva y no de juicio riguroso y para ello se remite al texto del A.T. que escuchábamos como 1ª Lectura.

Creo que todo esto nos muestra que a Jesús nadie lo puede agotar; siempre hay en él dimensiones nuevas que nos pueden sorprender e incluso "escandalizar"; él no cabe en nuestros moldes y tenemos que estar dispuestos a reformar nuestras concepciones, a ampliarlas, incluso a rehacerlas; una imagen suya que pudo sernos útil y válida en el pasado, se nos vuelve inevitablemente ineficiente y hasta dañina en el día de hoy. La continua lectura del

evangelio confrontada con nuestra experiencia y con la de la Iglesia, tiene que llevarnos a descubrir siempre de nuevo el verdadero rostro de Jesús. Alguien ha dicho que a Jesús sólo se lo puede conocer descubriéndolo; en otros términos, el descubrimiento de Jesús es la tarea inacabable de la existencia de un cristiano.

Una última reflexión sobre la frase de Juan Bautista: "En medio de ustedes está uno que ustedes no conocen". La evangelización no puede ser el dar a conocer una realidad ajena, extrínseca, a quienes se evangeliza: Cristo está ya presente en la vida de todo hombre y de toda cultura cuando comienza la evangelización, y evangelizar es ayudar a quienes se evangeliza a reconocer en su propia vida los signos y huellas que en ella ha dejado la presencia invisible del Señor. Si no estamos convencidos de que el Resucitado tiene caminos para llegar con su amor salvador a toda realidad humana, no podemos ser portadores de "buenas noticias". Porque no puede ser una "Buena noticia" para nadie una verdad que no sea el descubrimiento del sentido profundo de su propia realidad vivida.

#### **4º ADVIENTO - B**

1 S 7,1-5.8b-11.16; Rm 16,25-27; Lc 1,26-38

La Iglesia nos invita a entrar a fondo en el espíritu de Adviento, más que a través de la figura de Juan Bautista (Domingo pasado), a través de la figura de María (hoy).

A raíz de la escena que nos presenta el Evangelio de hoy, para decirlo en el lenguaje corriente, María "quedó esperando". Y esta "espera" de la Virgen durante los nueve meses de su embarazo es la imagen más exacta de la esperanza de la Iglesia y de todos los cristianos. Es la espera de alguien que está presente pero oculto; es una espera gozosa; es una espera "cuidadosa"; es una espera llena de deseo; es una espera cierta, aunque rodeada de incertidumbres; es la espera de que lo que está presente adquiriera un nuevo modo de presencia, con una identificable figura y personalidad que funda una nueva relación y un nuevo gozo.

No hay nada que pueda ayudarnos a discernir mejor si nuestra esperanza es lo que debe ser, que comparar nuestra relación con Jesús con la relación que la Virgen encinta tuvo con él.

Creo que el texto del Evangelio nos ayuda también a captar otra dimensión que es inherente a toda venida del Señor a nuestra vida: la dimensión de trastorno o desinstalación. La "Historia de la Salvación" comenzó cuando Dios le dijo a Abraham: "Sal de tu país y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré" (Gen 12,1) ¿Tomamos conciencia de lo que significó para María el mensaje del ángel? Ella tenía, sin duda, pues había contraído los esponsales con José, una imagen bastante clara de lo que iba a ser su futuro. Todo eso se desvaneció de un golpe, y ella se vio situada ante un nuevo camino en el que todo era imprevisible y que, de hecho, más "misterios dolorosos" que "misterios gozosos", por mucho que todo terminara en "misterios gloriosos". Y este trastorno de su destino la llevó por sí mismo a un trastorno de la escala de valores corriente y le hizo intuir los criterios de Dios, tan opuestos a los del mundo, como lo deja entrever en las estrofas de su Cántico el "Magnificat" ("Derribó de su trono a los dueños del poder y ensalzó a los humillados; colmó de bienes a los pobres y despidió vacíos a los ricos").

Todo esto tiene que llevarnos a preguntarnos si estamos abiertos a que la venida de Dios a nuestra vida nos desestabilice y nos haga ver la realidad con nuevos ojos. Y también si estamos dispuestos a recibirlo en aquellos con los cuales él se identifica: los pastores de la

Iglesia ("quien a ustedes escucha, a mí me escucha...") y los pobres ("todo lo que hicieron - o no hicieron - con ellos, conmigo lo hicieron o dejaron de hacerlo").

Y a este propósito es bueno que nos preguntemos cómo estamos preparando la Navidad: y, ante todo, si lo que queremos es realmente que Jesús se haga más presente en nuestra vida y en nuestra familia; porque hay celebraciones navideñas en que están todos... menos Jesús.

Y otra pregunta que podemos hacernos es si en esta preparación de la Navidad nos limitamos a preparar "cosas" (árbol, pesebre, cena, regalos) o si nos acordamos de que lo primero es prepararnos nosotros mismos y pensar en qué consiste esta preparación de nuestras personas. Creo que sería un buen tema de conversación familiar tratar de encontrar las respuestas concretas y realistas a estas preguntas.

Que el Señor nos ayude a todos - a mí no menos que a ustedes - a celebrar la Navidad haciendo nuestra la actitud de María cuando vio con sus ojos al Hijo que había "esperado" nueve meses.

## NAVIDAD

Is 52,7-10; Hb 1,1-6; Jn 1,1-18

Hay algo en este día, que ni siquiera el despliegue comercial y consumista ni la sobreposición de símbolos que nada tienen que ver con el nacimiento de Jesús, logran eliminar: todo el mundo, con rara unanimidad, experimenta hoy como un llamado ineludible a expresar simpatía, atenciones, cordialidad, amistad, benevolencia, solidaridad; y ello, porque se siente que la Navidad exige paz, fraternidad, perdón, reconciliación. Hoy es imposible no reconocer cuál es proyecto ideal de la existencia humana, aunque mañana lo volvamos a olvidar...

Podríamos decir que lo propio de la Navidad es que en ella *Dios nos enseña a ser hombres*, y nos lo enseña *haciéndose un niño pobre e indefenso*. La plena e idéntica dignidad del hombre se hace ya presente cuando todavía nada sabe, nada puede y nada tiene; ya es hijo de Dios, y lo seguirá siendo aunque nada tenga, nada pueda y nada sepa. Y una sociedad es verdaderamente humana cuando su valor supremo es la igual dignidad de las personas, y no la riqueza, el poder o la ciencia; éstos también son valores, pero sólo en la medida en que están al servicio de una calidad de vida que corresponda a la dignidad de todas las personas que la componen.

En la Navidad, Dios se hace realmente solidario de todos los seres humanos. El es encarnación, cercanía, accesibilidad. Pero esto significa que no es Dios el que nosotros queremos alcanzar si no aceptamos su solidaridad con todos los hombres. No podemos llamar a Dios nuestro Padre si no somos capaces de aceptarnos y amarnos como hermanos. Esta es la raíz profunda del "espíritu de Navidad" que en alguna medida irrumpe en nosotros hoy, aunque a veces de modo superficial y efímero. El verdadero "espíritu de Navidad" tiene que caracterizar toda nuestra vida, y no sólo este día.

San Juan nos dice que "el que es la Palabra de Dios se hizo carne", es decir se hizo ser humano, frágil. En su muda fragilidad, nos habla desde el pesebre de Belén y tenemos que tener la capacidad de escuchar y comprender esa Palabra y luego hacerla vida.

## **SAGRADA FAMILIA - B**

Ecle 3-3-7.14-17ª; Col 3,12-21; Lc 2,22-40

La Iglesia sitúa la fiesta de la Sagrada Familia en el Domingo más cercano a la Navidad. Como dice con mucha razón Aquilino de Pedro (en la "hojita dominical"), "en esta fiesta celebramos - no tanto el modelo que deben mirar todas las familias sino - *el misterio de Dios que se encarna*, no sólo haciéndose hombre, sino también en un sentido más amplio de encarnación, entrando en la realidad humana de la familia".

Y es que, como lo dijo hace varios años el Papa Juan Pablo II la familia es el "habitat ecológico de la especie humana"; es el lugar donde el ser humano llega a ser persona, es decir, un ser que se define por sus relaciones interpersonales dentro de una comunidad donde se dan derechos y deberes recíprocos.

El "tipo de existencia" futuro se gesta más que en el útero materno, en la convivencia familiar, donde se despliegan las cuatro modalidades básicas del amor humano: la paternidad, la filiación y la fraternidad, basadas en una realidad fisiológica, y la conyugalidad, basada en una libre elección: llamadas, las cuatro, a convertirse en "amistad" cultivada con esfuerzos inteligentes y pacientes.

El "hacerse hombre" del Hijo de Dios no fue, por consiguiente, un evento instantáneo que quedara consumado cuando María acogió el anuncio del Ángel, sino que fue un largo proceso en que desempeñaron un papel "formativo" importante María, José y esos "hermanos de Jesús" que eran los parientes cercanos que, por una u otra razón, vivieron bajo el mismo techo y crecieron junto con él.

No se necesitan mayores comentarios para comprender el rol de la familia en el proceso de "hacerse cristiano" un niño: es evidente que no basta el bautismo, sino que es indispensable cierto ambiente que favorezca un "estilo" cristiano en la asimilación y vivencia de los cuatro amores que arriba mencioné, y que permita comprenderlos a la luz del Amor que Dios nos tiene a todos.

Si en la familia no se fomenta la conciencia de que todos tenemos responsabilidad en el clima de egoísmo, de injusticia y de animosidad en que vivimos, y de que todos tenemos necesidad de recibir perdón y de otorgarlo, no habrá un cambio real de nuestra sociedad.

Creo que siempre hay una ocasión propicia para que se desarrolle la dimensión básicamente "doméstica" de la esencia eclesial: esta puede darse en la preparación para el bautismo de un niño, o con ocasión de la primera comunión etc., si cada familia católica se integrara en un grupo de tres o cuatro familias para irse compenetrando del espíritu del evangelio viviendo las mencionadas pastorales como un "tiempo de Gracia", podrían cambiar la fisonomía y la dinámica de nuestra Iglesia, configurándose como "comunidad de comunidades" que se construye desde abajo para arriba y no desde arriba para abajo.

## **BAUTISMO DEL SEÑOR - B**

Is 42,1-4.6-7; Hch 10,34-38; Mc 1,6b-11

El bautizo de Jesús por Juan Bautista: una de las cosas más ciertas históricamente, y que desde el comienzo tendió a ser soslayada por la comunidad cristiana; en todos los relatos aparece sólo en función de la venida del Espíritu Santo sobre Jesús y de la voz celestial que lo presenta como el Hijo de Dios, amado y fiel. Pero es importante comprender por qué Jesús,

que en tantas cosas de mucha monta toma posturas contrapuestas a las del Bautista, comienza su camino propio adhiriendo pública y ritualmente al movimiento espiritual promovido dentro del judaísmo por Juan. Sin duda, el factor decisivo radica en que lo característico del movimiento de Juan consistía en que él proponía su rito de purificación a todos los israelitas para que reconocieran la necesidad de recibir el perdón y para que mediante él se comprometiesen a un proceso de conversión. Y Jesús tenía una conciencia muy clara de que este llamado universal encontraba acogida sobre todo entre los "pecadores" y no entre los que se consideraban "justos"; lo dirá expresamente más adelante: "Vino Juan y no le creísteis, mientras que los publicanos y prostitutas le creyeron (Mt 21, 31-32).

Es muy claro que Juan concebía la presencia inminente de Dios como Rey, y sobre todo como un Juez severo, ante el cual había que convertirse, mientras que para Jesús lo importante, la señal del tiempo nuevo que estaba despuntando, estaba en ese movimiento de los pecadores que buscan el perdón: para Jesús, el reinado de Dios se hace presente como una oferta gratuita de salvación para todos.

El gesto de Jesús de unirse a la multitud de despreciados es extraordinariamente significativo de la actitud solidaria con que él asumía su ministerio mesiánico propio. Para él, esto era sólo el inicio de esa solidaridad total que lo llevaría a morir por los pecadores, muriendo con la muerte reservada a los criminales y en medio de dos de ellos. Jesús habla de su muerte como del "bautismo en que ha de ser sumergido" (Lc 12, 50), y les pregunta a sus discípulos si están dispuestos a "ser bautizados con el bautismo con que él va a ser bautizado" (Mc 10,38). Será finalmente en la Cruz donde Jesús se manifestará como el Hijo amado de Dios y como el "Siervo fiel"

La comprensión del bautismo de Jesús consiste en percibirlo como un gesto de solidaridad, dinámicamente vinculado con el misterio de su muerte, y esta comprensión es real cuando se traduce en nosotros en una actitud, no distante, sino solidaria con "mundo" que necesita salvación.

### **1º CUARESMA -B**

Gn 9,8-15; 1 P 3,18-22; Mc 1,12-15

El Evangelio nos invita a comprender nuestra Cuaresma a la luz de dos gestos de Jesús: su retiro al desierto y su llamada a la conversión.

Es muy significativo que Mc - a diferencia de Mt y Lc- no mencione el ayuno de Jesús y que defina como contenido de sus cuarenta días de desierto el de verse él tentado por Satanás. Retirarse al desierto es enfrentarse con Dios y nada más, a fin de cotejar la orientación de nuestra vida con su Voluntad. Y allí se hace automáticamente visible todo lo que se opone a Dios. La tentación demoníaca es inseparable del "retiro al desierto". Hay muchas razones para pensar que el demonio trató de que Jesús asumiera su tarea mesiánica de transformar el mundo implantando en él el reinado de Dios, por el camino del poder aplastante y glorioso, y no por el camino del servicio humilde. Lo que estaba en juego en este dilema era la índole de Dios mismo. La victoria de Jesús sobre Satanás consistió en abrazar plenamente y sin reticencias ni condiciones el camino del "Servidor de Dios" (2º Isaías) como el único coherente con la imagen de Dios como Amor que se ofrece y no como Poder que se impone.

Y es por eso que Jesús vuelve del desierto al mundo de los hombres proclamándoles la cercanía de Dios y de su verdadero reinado como una "Buena noticia" que hay que acoger con una "fe" que equivale a una "conversión".

La gran "conversión" es la de reconocer el despliegue de la "Gracia de Dios" encarnada en Jesús, el Mesías "manso y de corazón humilde" (Mt 11,29)

Creo que esto nos lleva a enfocar el tiempo cuaresmal como un proceso de conversión que consiste en discernir sin autoengaño qué es lo que realmente nos mueve o nos inspira en nuestras opciones, decisiones y actuaciones: ¿es de veras el Espíritu de Jesús o es ese espíritu que trató de apartarlo del camino que de hecho tomó? La Cuaresma es un tiempo en que debemos tener el coraje de enfrentar a esos "demonios" que nos habitan y nos tientan.

En el fondo, la pregunta que se nos plantea de manera insoslayable es la siguiente: ¿Es la fe en el Amor gratuito y perdonador de Dios la clave de nuestra visión de la vida? Y esta pregunta única y radical encierra otras que aquilatan el realismo de nuestra respuesta a ella. Por ejemplo: ¿Creemos que dar, servir y perdonar son inseparables de la aceptación del Dios de Jesucristo? ¿Creemos que la gratuidad - generosa y libre de cálculo - debe tener espacio en nuestra vida?

Pienso que en nuestro proceso de discernimiento lo que más examen requiere no es el "mal", sino el apego desmesurado a ciertos "bienes" (la posición social, la riqueza, las opciones ideológicas). Y pienso también que el realismo de nuestra adhesión a Cristo supone que nos mantengamos siempre en contacto con los evangelios, leídos y releídos, de otra manera, los rasgos auténticos de su persona se nos van desdibujando o distorsionando sin darnos cuenta.

## **2º CUARESMA - B**

Gn 22,1-2.9ª.15-18; Rm 8,31b-34; Mc 9,2-10

El episodio de la Transfiguración constituye en los tres ciclos, el tema dominante del 2º Domingo de Cuaresma. Para comprender este hecho y su alcance, hay que tener presente el lugar que ocupa en el relato evangélico del ministerio de Jesús. Con una precisión cronológica que nunca más se encuentra, Mc nos dice que él tuvo lugar "seis días después" de la confesión de Pedro ("Tú eres el Mesías") y del primer anuncio por Jesús de su pasión y muerte como camino para llegar a la Gloria. Esto nos muestra con suma claridad que esa "transfiguración" delante de los más íntimos de sus discípulos estuvo ordenada a proporcionarles una anticipación momentánea, y una garantía de su futura condición plenamente transparente a lo que es la "luminosidad" propia de Dios: una condición a la que Jesús llegaría en su resurrección, y en la que consiste también el destino definitivo propuesto a todos los hombres.

El episodio de la Transfiguración implica que la futura transformación, que es meta y destino de la humanidad, no podrá darse si ella no ha tenido alguna especie de realización en el tiempo gris y opaco de la existencia humana terrestre e histórica. Más allá de la dimensión visible de nuestra vida humana, tenemos una dimensión invisible, que es la de nuestra relación con Dios: si en esa zona, sustraída normalmente a la percepción de los demás, no ha habido un cambio, una "transformación" que acepte a Dios como Dios y Padre, no es posible acceder en el futuro a la condición gloriosa que Dios les tiene preparada a sus hijos para que vivan para siempre en su propio ámbito y en "comunidad" cara a cara con él.

Porque Jesús vivía su ministerio histórico plenamente como Hijo amante y obediente, su gloria futura ya estaba presente en él, en la dimensión invisible de su existencia: esa Gloria que se haría visible en su Resurrección y que él permitió que vislumbraran sus tres discípulos en el monte.

Así queda claro que no hay Transformación gloriosa sin previa conversión (= victoria contra el Tentador), y que no hay conversión sin futura Transformación. Y por lo mismo,

también queda claro por qué la Transfiguración es un tema cuaresmal indispensable, ya que está vinculada estructuralmente con la conversión.

Me parece interesante señalar que el mismo verbo que usan los evangelios en referencia a la Transfiguración, lo utiliza dos veces San Pablo en para referirse a los cristianos: en un texto dice: "No os amoldéis a las normas mundanas de vida, sino *transformaos* mediante la renovación de vuestra mente" (Rom 12,2). En el otro dice que la contemplación de la Gloria del Señor resucitado nos va "*transformando* a su imagen con creciente "gloria" nuestra por obra del Espíritu del Señor". De nuevo, lo más esencial de todo protocolo cuaresmal.

Creo que vale la pena subrayar que la transformación (o transfiguración) de que nos habla el cristianismo supone la construcción de nuestra identidad personal, a diferencia de ciertas místicas orientales (abrazadas por el "New Age"), que les prometen a los hombres que se convertirán en "energía cósmica" o algo así, con total desaparición del "yo" personal. La transformación que nos plantea nuestra fe nos va haciendo ser cada vez más nosotros mismos, justamente en la medida en que nos libera de nuestras servidumbres y alienaciones. Se trata de algo semejante a lo que hizo Miguel Angel cuando - según sus palabras \_ liberó a su Moisés de "todo el mármol que sobraba" y que impedía verlo con la majestad con que ahora lo vemos gracias a su cincel.

### **3º CUARESMA - B**

Ex 20,1-17; 1 Co 1,22-25; Jn 2,13-25

Sabemos que la Cuaresma es un tiempo de conversión. Pero a veces se nos olvida que la conversión, más que ser un cambio de actuación, es un cambio de visión de la realidad. Concretamente, es pasar a ver la realidad - y nuestra propia existencia - como fundada y centrada en Dios, o - lo que es igual - pasar a ver a Dios como la base de sustentación, como la razón de ser y como la fuente de sentido de todo el Universo y específicamente de cada una de nuestras vidas. Dios no es un adorno o un accesorio prescindible. Si creemos en la realidad de Dios no podemos dejar de ver todo lo que es como referido a Dios de manera esencial y estructural, y no periférica o superficial.

Por eso es capital que nuestra visión de Dios no surja de nuestra imaginación o de nuestra reflexión, sino de su propia auto - revelación histórica en el A.T. y sobre todo en la persona y en las actitudes de Jesús. Como lo vio con tanta claridad Pascal en su propia conversión, ser cristiano (o - mejor - hacerse cristiano, pues se trata de un proceso incesante), es decirle a Jesús lo que le dijo Rut a Noemí: "Tu Dios será mi Dios". Los textos bíblicos de hoy nos subrayan algunos rasgos de este Dios que deben estar siempre presente ante nuestros ojos.

1) Es un Dios que asocia inseparablemente nuestra correcta relación con él mismo y con nuestros prójimos, como lo muestra el Decálogo con sus "Dos Tablas", que Jesús resumirá en "amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo".

2) Es un Dios que no se complace en moverse en el ámbito glorioso de la sabiduría y del poder humanos, sino que, paradójicamente, ve en lo humanamente despreciable el vehículo para mostrar lo que es; un Dios cuya manifestación más plena se da en la Cruz de su Hijo Jesucristo; un Dios desconcertante que toma caminos que nos parecen "necedad" y "debilidad", pero cuya "necedad" es más sabia que la sabiduría humana, y cuya "debilidad" es

más poderosa que el poder humano. Uno de los pasos más difíciles de dar en la conversión cristiana, es el de admitir esta "desmundanización" de Dios, este no asociar a Dios con lo mundanamente prestigioso.

3) Es un Dios que se indigna con la justificación religiosa de lo profano y con el aprovechamiento profano de lo religioso.

4) Es un Dios cuya única morada (Templo) definitiva es el Cuerpo resucitado de Jesús, consistiendo por eso su culto genuino en entrar en comunión con ese Cuerpo - ¡la Eucaristía! - pasando a formar parte integrante y viviente de ese mismo Cuerpo.

Creo que el mejor fruto que podemos sacar de una Cuaresma vivida con intensidad y autenticidad, es la convicción de que nuestra conversión es un proceso que no tiene fin, porque es la adaptación de nuestro ser a un Dios que es "siempre más grande". Decir "hasta aquí no más llego" es como decirle a Dios "no me interesa conocerte y amarte más y mejor".

### **3º CUARESMA -B**

Ex 20,1-17; 1 Co 1,22-25; Jn 2,13-25

El Evangelio de hoy nos plantea el tema - importante dentro del proceso cuaresmal - de la índole del verdadero culto a Dios, y, por consiguiente, del verdadero "templo", que es el "lugar donde se despliega el culto divino".

El episodio evangélico tiene dos momentos de diversa magnitud. El primero es la "purificación" del Templo existente de Jerusalén, y en ese "momento" se expresa la indignación de Jesús frente a la justificación religiosa de lo profano y al aprovechamiento profano de lo religioso.

Pero el "momento" más importante está constituido por el anuncio de un "nuevo Templo", que será el Cuerpo resucitado de Jesús. Es, este, un tema muy acentuado en el evangelio joánico. El texto más claro es el que se encuentra en el diálogo de Jesús con la Samaritana (Jn 4,20-24). Es visible que Jesús quiere "deslocalizar" el culto a Dios, y por ello su acción va a significar el final del viejo culto del Templo, con sus sacrificios y su concepción ritualista de la relación con Dios. El alcance de esta descalificación se percibe cuando se tiene presente que "el mantenimiento ininterrumpido y absolutamente correcto del ritual diario garantizaba...la salvación de todo Israel" (J. Blank. 1/A p. 223).

Desvinculado de cualquier lugar físico y de cualquiera sobrevaloración de lo ritual, el culto divino aparece vinculado a la persona de Jesús, concreta e histórica, porque es allí donde se reveló la verdadera índole de Dios. Es el reconocimiento de que en Cristo crucificado se ha manifestado lo más profundo del "carácter" de Dios, lo que nos permite situarnos frente a él en una actitud apropiada. Lo que nos dice S. Pablo en la 2ª Lectura, nos lleva a la evidencia de que sólo podemos rendirle un culto adecuado a Dios si la imagen que de él nos forjamos proviene de nuestra comprensión del Crucificado resucitado. En Cristo resucitado habita la plenitud de la divinidad y sólo en él se nos vuelve plenamente accesible (por eso él es el verdadero "Templo"); pero el Dios que allí se nos ofrece es el que mostró la medida de su entrega a nosotros en la Cruz de su Hijo.

Y es esta percepción de Dios la que nos permite también comprender de manera concreta el Decálogo (1ª Lectura). Ella nos lleva a ver que los diez preceptos tienen que entenderse a la luz de la gran afirmación que los precede: "Yo soy el Señor, el Dios tuyo, que te sacó de la casa de esclavitud". El Decálogo se nos presenta como la voluntad de un Dios liberador de su pueblo. Y sus siete "no", como dijo cierto rabino, expresan la prohibición de "volver a Egipto, a la casa de esclavitud". Jesús, ya antes, los había reducido a dos expresiones positivas: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y amarás a tu prójimo como a ti mismo". El amor que lleva a la entrega de sí mismo es el rasgo más característico de Dios, y es él también como entrega indivisa a Dios y al prójimo, el que constituye nuestro "verdadero culto"; culto que sólo podemos desplegar unidos a Jesús el "verdadero Templo".

#### **4º CUARESMA - B**

2 Cro 36,14-16.19-23; Ef 2,4-10; Jn 3,14-21

Creo que las lecturas de este Domingo nos dejan frente a la relación Pecado - Gracia, la que a su vez constituyen la clave para comprender en profundidad el misterio pascual de la Muerte y Resurrección de Cristo, meta de la cuaresma y meollo esencial de nuestra fe cristiana.

La cuaresma no es un mero ejercicio ascético de autodomínio, sino que es un proceso destinado a insertarnos personal y comunitariamente en el sentido existencial de lo que celebraremos ritualmente en la Vigilia Pascual: esto es que, en Jesús la muerte es semilla de la Vida, y la vida, fruto de la muerte.

Pecado y Gracia se iluminan mutuamente: la Gracia nunca se nos muestra en plenitud mientras no la veamos como perdón del Pecado; y el Pecado sólo revela su oscura profundidad cuando se lo reconoce como rechazo de la Gracia.

El Evangelio de hoy implica que la "buena noticia" es que Dios nos perdona nuestros pecados. ¿Apreciamos el carácter de "buena noticia" de esta proclamación? Su valoración depende de lo que significan para nosotros nuestros "pecados". Hay una concepción "epidérmica y superficial de ellos, como transgresiones puntuales a determinadas normas o "reglamentos"; casi como algo que "nos sucede" o "nos pasa", pero que no nos afecta en lo nuclear de nuestra existencia. Pero la verdad es que nuestros pecados son tales, porque en ellos se expresa o cristaliza concretamente algo más profundo, que la S.E. llama en singular "el Pecado": realidad turbia, multiforme e inasible. El consiste en no aceptar que la relación con Dios sea la relación fundamental y decisiva de la existencia, o en no aceptar que esta relación sólo es la ajustada a la realidad cuando admite la esencial e insoslayable prioridad de Dios, es decir cuando se abre para acoger como un regalo inmerecible el amor con que Dios, junto con llamarnos al ser, nos invita a vivir en comunión personal con él, y el no tener la justa relación con Dios es estar separados de la raíz o fuente de la verdadera vida: es estar realmente "sin vida", "muertos" (Mc 3,1).

La "buena noticia" se hace entonces exponencialmente mayor, cuando se nos ofrece la certeza de que el haber nosotros pecado contra Dios, rechazando su Gracia, no extingue ese Amor gratuito de Dios, sino que él se nos sigue ofreciendo como "perdón de nuestros pecados", con la sola condición de reconocerlo y recibirlo como gratuito.

Salir del pecado consiste en situarnos frente a Dios con conciencia de la gratuidad que es esencial a la relación de comunión con él. Y cuando nuestra relación con Dios es la justa o adecuada, se cura o se sana nuestra manera de relacionarnos con los demás y con el mundo,

porque el pecado, que en último término es egoísmo y autoafirmación, distorsiona inevitablemente nuestra relación con las otras personas y con las cosas. Cuando vivimos como hijos de Dios, no podemos dejar de mirar a la humanidad y al Universo con los ojos de Dios.

Lo que el Pecado destruye, el incansable Amor gratuito y fiel de Dios lo reedifica, como lo subraya la 1ª Lectura. Y esta acción de "resucitar a los que están muertos por el pecado", Dios la llevó a cabo justamente al devolvernos vivo y vivificante a Jesucristo que el pecado humano había llevado a la muerte de cruz, como lo destaca la 2ª Lectura. Podemos terminar pues con las palabras del Evangelio de hoy "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo":

#### 4º CUARESMA - B

2 Cro 36,14-16.19-23; Ef 2,4-10; Jn 3,14-21

Las lecturas de hoy están referidas a la prioridad de la Gracia en la vida cristiana. + No hace demasiado tiempo que la palabra "Gracia" evocaba en los católicos una especie de "cosa" que podíamos "tener" en el alma y que podía "perdurar", "crecer" o "achicarse", o también la idea de un "soplo" o un "impulso" que nos hacía actuar bien. Sin negar que detrás de tales evocaciones hubiera algo real, hoy se ha vuelto a darle al término "Gracia" un sentido mucho más rico, que es el que tiene en los textos bíblicos, donde "Gracia" designa fundamentalmente una *actitud de Dios*: en concreto, su amor misericordioso, gratuito, perdonante, renovador, que lo lleva a entregarse él mismo a nosotros siempre de nuevo, sin que nuestras faltas o debilidades lo desalienten de su afán de entrar en comunión íntima y personal con nosotros. Tal actitud de Dios, su Gracia, tiene que ser la piedra angular de todas nuestras "construcciones", la luz que todo nos ilumine y que nos permite ver en su exacta dimensión toda la realidad: y esa actitud de amor divino tiene que ser piedra angular y luz en cuanto se manifiesta en su Hijo encarnado, muerto y resucitado *por nosotros*. Lo esencial de "la religión" es una relación personal (interpersonal) con Dios, en la que Dios tiene la iniciativa: "El nos amó primero".

Es evidente - o debería serlo - que el contenido más medular de la existencia cristiana es *acoger esa "Gracia de Dios"*, (es decir, a ese Dios que se nos entrega gratuitamente): y acogerla justamente como Gracia, en su gratuidad inmerecida, sin pretender comprar o pagar lo que se nos da como un regalo, que no es "algo" distinto de Dios, sino Dios mismo. Esta actitud de acoger al Dios de Gracia es llamada en el Nuevo Testamento "Fe". Con demasiada frecuencia le damos a la palabra "fe" el sentido muy empobrecido de adhesión intelectual a ciertas verdades o dogmas. Con una noción tan mezquina de la "fe" nos resulta imposible comprender tantos textos del Nuevo Testamento que la presentan como *la* actitud que abarca todo lo que al hombre le corresponde hacer para que su vida "se ajuste" a la realidad de Dios.

Y es que no es posible reconocer realísticamente que el Amor gratuito y generoso (ese que llega hasta mí), es el rasgo más característico de Dios, sin sentir el imperativo de que nuestra propia vida quede impregnada y dinamizada por un amor también gratuito y generoso, acogedor y perdonador: y "el que ama cumple toda la ley" (Rom 13,8)

Ser cristiano es 1º aceptar con gozo y gratitud ser amados por Dios con un amor gratuito y generoso, y 2º dejarse empapar por esa manera de amar gratuita y generosa. Esto se

manifiesta en una serie de actitudes concretas imposibles de enumerar exhaustivamente. Pero algunas preguntas nos pueden ayudar a "aterrizar" esa actitud cristiana fundamental:

- ¿Nos interesa más Dios que nuestra salvación? (No me mueve mi Dios para quererte...)
- ¿Le damos espacio en la vida a la gratuidad, es decir a actuar sin calcular siempre la relación costo/beneficio?
- ¿Somos capaces de acoger al otro como otro, respetando su diversidad?
- ¿Hacemos algo real por eliminar o atenuar en nuestra sociedad lo que en ella es injusto o discriminatorio?
- ¿Tratamos de "contagiar" a otros la "buena noticia" que es lo esencial de nuestra fe?

## 5º CUARESMA - B

Jr 31,31-34; Hb 5,7-9; Jn 12,20-33

El profeta Jeremías intuyó en el s.VI AC., que el régimen de relaciones entre Dios y su Pueblo, es decir "la Alianza", no podía sustentarse sobre la estricta vigencia de una "Ley" (aunque fuera dada por Dios) que consistiera en un Código escrito e impuesto al pueblo como desde fuera, y se atrevió a anunciar una "nueva Alianza" fundada sobre la internalización (o "interiorización" como se suele decir en mal castellano) de la Ley.

Quiere decir que para Jeremías era imposible que la voluntad de Dios fuese cumplida de modo adecuado ("como Dios manda") si ella no estaba guardada "en el pecho" y "escrita en el corazón" de los miembros de su Pueblo: cosa que, a su vez, suponía un "conocimiento de Dios" no libresco sino experiencial, como queda claro en la última parte del trozo leído.

Sabemos que Jesús vino a establecer esa "Nueva Alianza" prometida por Jeremías. Esto nos obliga a preguntarnos qué hizo Jesús para que la Ley quedase "escrita en el corazón" de sus discípulos, y si nosotros podemos decir que la tenemos "escrita" en el nuestro.

Lo que hizo Jesús fue propiciar un tipo de obediencia que fuera radical y no formal. Obediencia formal es la que consiste en la correspondencia de la acción con la norma; la obediencia es radical cuando se busca la correspondencia entre la raíz de la acción y la raíz de la norma. Para Jesús la acción tiene sólo el valor de la actitud interior (=del corazón) de la que brota; y para Jesús los preceptos divinos tienen valor porque y en la medida en que expresan el amor paternal de Dios que quiere el bien integral de todos sus hijos, y Jesús quiere que de corazón busquemos ese bien que Dios ha decidido tutelar con sus mandamientos, dándole más importancia al valor tutelado por la Ley que a la Ley que lo tutela, lo que supone un proceso de pensamiento y reflexión. La Ley queda escrita en nuestro corazón cuando llegamos a conocer a Dios como Jesús nos lo muestra, y ello de una manera experiencial. Entonces, como dice S.Pablo, quedamos "libres de la Ley" y es justamente esta liberación del yugo de la Ley la que permite, en frase luminosa del mismo Pablo "que se cumpla en nosotros el contenido justo de la Ley" (Rom 8,4)

Obediencia radical, obediencia filial, es la única digna de un Dios que es Padre, más que Legislador o Juez.

Pero obediencia radical o filial no quiere decir obediencia fácil. La Carta a los Hebreos nos dice que el propio Jesús "aunque Hijo de Dios, aprendió a costa de sufrimientos lo que era obedecer" (2ª Lectura). Este texto con las palabras que lo preceden ("Cristo dirigió...súplicas y plegarias, con fuertes gritos y lágrimas a Aquel que podía salvarlo de la muerte"), hace evidente

alusión a la escena de Getsemaní, en la que Jesús "llegó a sentir temor y angustia" (Mc 14,34). Y esa misma dificultad de Jesús para abrazar la voluntad de su Padre la encontramos en el Evangelio de hoy.

Obediencia radical y difícil que el propio Jesús tuvo que aprender, y que jamás dejará de ser difícil para nosotros aunque tengamos la Ley de Dios escrita en nuestro corazón, porque mientras dure nuestra condición caída y mortal - la misma que asumió Jesús - esa internalización de la Ley no conlleva la extinción o eliminación de las tendencias instintivas de nuestra humanidad.

Es una enorme distorsión del espíritu cristiano pensar que Dios no puede pedirnos que nos hagamos violencia para llevar a cabo cosas que nos cuestan y que van contra nuestra tendencia instintiva. No creamos que a nosotros pueda costarnos menos que a Jesús vivir como hijos de Dios.

Creo que asimilar esta verdad - llegar a tenerla escrita en el corazón - puede ser un fruto más que suficiente de una Cuaresma que se acerca a su fin.

## **PASCUA DE RESURRECCIÓN -B**

Hch 10,14<sup>a</sup>.37-43; Col 3,1-4; Jn 20,1-9

El Día del Señor. El Domingo de los Domingos. El Día que se comprende mejor cuando se lo celebra en la noche de la Vigilia Pascual, en la que se hace visible la irrupción de la luz en las tinieblas, el paso de la muerte a la vida.

Lo que celebramos no es un mero hecho biológico: la reanimación de un cuerpo muerto para reanudar una vida igual a la vivida antes de la muerte. Se trata de la revelación de la verdadera vida, de la vida definitiva y eterna. Y el misterio de este día está en que se nos revela que tal vida es una vida resucitada, que no sólo supone una muerte previa, sino que es fruto de cierta muerte.

En el fondo, la resurrección de Jesús nos muestra que Jesús nunca vivió tan profundamente su vida como cuando la entregó por todos los hombres en la cruz. La vida nueva de Jesús estaba contenida en su muerte, o mejor, su muerte en cuanto vivida por él sigue presente en su vida resucitada. Su resurrección no le quita a Jesús su característica más entrañable: la de ser "el Crucificado".

La resurrección anula la muerte de Jesús en cuanto inferida por los hombres: - "Lo mataron, pero Dios lo resucitó" - , pero confirma y eterniza su muerte en cuanto vivida por él como forma suprema de entregarse a todos los hombres, y de esto tenemos la manifestación más clara en la Eucaristía, pues en ella el Cristo resucitado y viviente se nos entrega como "cuerpo de comunión" en los signos y bajo la representación de su muerte.

A la luz de la resurrección así entendida podemos comprender lo le dice el Apocalipsis a alguien: "Se te tiene por viviente y estás muerto" (Apc 3,1). La verdadera vida humana no consiste en la autoafirmación prepotente y agresiva, ni en la insolente vitalidad biológica, sino en la renuncia a la autoposesión para vivir para los demás; es decir, en la capacidad de vivir la vida no como nuestra, sino como real propiedad de los demás. La vida verdadera comienza justamente cuando dejamos de tenerla como propia, conscientes de que, siendo un regalo gratuito de Dios, es justo que los demás puedan beneficiarse de lo que somos, de lo que tenemos, de lo que sabemos, de lo que podemos.

En otros términos, pasamos de la muerte a la vida cuando amamos a los hermanos (1 Jn 3,14), cuando superamos el egoísmo estéril para entrar en el dinamismo de un amor oblativo y desinteresado.

Participamos desde ahora en la vida resucitada de Jesús sólo si - y en la medida en que - compartimos su muerte. Este es el sentido profundo del bautismo, cuya fecha esencial es la Noche Pascual. Por eso los invito a todos a renovar los compromisos de nuestro bautismo a la luz de Rom 6,3-4. 8-11.

## **PASCUA DE RESURRECCIÓN -B**

Hch 10,14<sup>a</sup>.37-43; Col 3,1-4; Jn 20,1-9

La Pascua de Resurrección es la "fiesta de las fiestas" porque creer en el Crucificado resucitado es el núcleo central de la fe cristiana. Tratemos de comprender lo que ello significa para nuestra propia vida y nuestro destino.

Esta fe nos hace reconocer como "Señor nuestro", vivo y presente hoy, a Jesús de Nazaret: un hombre que nació hace dos mil años y que después de proclamar la cercanía paternal de Dios como una "buena noticia", murió crucificado. Lo decisivo está en que la resurrección, a pesar de incluir un enorme e inimaginable cambio ontológico, nos devuelve a ese mismo Jesús cuya trayectoria histórica nos evocan los evangelios. Esta identidad personal entre el Jesús de nuestra historia y el Señor resucitado y glorioso es lo más profundo e importante de nuestra fe cristiana.

Todos tenemos un núcleo profundo y misterioso que nos hace posible mantener nuestra identidad personal a través de todas las vicisitudes de nuestra existencia; en otros términos, todos tenemos un centro permanente gracias al cual cada uno es un "yo" único e irrepetible. Pues bien, ese núcleo profundo que hizo a Jesús identificable en la historia como una persona única, con rasgos propios, sigue presente en el Resucitado. El Resucitado es el mismo Jesús de Belén, de Nazaret y del Calvario, que ahora está exaltado en el cielo (=en el "habitat" de Dios), y también "al alcance de nuestra mano" en la Iglesia.

Esto nos hace ya posible, si su Espíritu nos ilumina, entrar en una relación personal con él (cfr. Mc 3,20). El se nos ofrece presente en la eucaristía, pero también cuando dos o tres se reúnen en su nombre, cuando se acoge a un "pequeño" o a un enviado de Jesús, y cuando se atiende a cualquier persona que sufre. Estos diversos modos de presencia hay que asumirlos como complementarios y siempre a la luz de la tradición histórica recogida en los evangelios.

Pero es evidente que la fe pascual proyecta una luz aún más intensa sobre nuestro futuro. Ella incluye la esperanza cierta de nuestra propia resurrección si hemos entrado en comunión con él ya en nuestra existencia mortal. Esta esperanza nos asegura que también para nosotros está abierta la posibilidad de mantener nuestra identidad personal, nuestro "yo", más allá de la muerte y a través de las indispensables transformaciones ontológicas que nos permitan estar en el "habitat" de Dios.

Insistamos en que lo más propio de la esperanza cristiana consiste en la mantención de nuestra identidad personal. De nuestro "yo" intransferible, portador de nuestra historia personal y de esas relaciones personales que lo han enriquecido y marcado de manera indeleble. Aquí radica la máxima diferencia entre la esperanza cristiana y la "reencarnación de las almas", y sin duda es mucho más rica y más "humana" la esperanza cristiana. Lo que esperamos los cristianos es, con nuestro "yo" llegar a la plenitud de nuestra relación con Dios mediada por Jesucristo, y no sumergirnos en un "Absoluto" indiferenciado e impersonal

después de haber perdido nuestra propia personalidad (dotada de conciencia individual) en un indefinido proceso de "vidas discontinuas". Nuestra ansia de inmortalidad no se saciaría entrando en la "vida cósmica" como partículas privadas de memoria personal por la disolución de nuestro "yo".

La identidad personal entre el Jesús de la historia y el Señor glorificado nos da la certeza de la identidad personal entre lo que somos y lo que estamos llamados a ser.

## **2º PASCUA - B**

Hch 4,32-35; 1 Jn 5,1-6; Jn 20,19-31

Los textos bíblicos asignados a este Domingo, son muy ricos y complejos. Para que "se nos arme" orgánicamente su mensaje les propongo tomar como punto de partida algo que se encuentra en la 2ª Lectura.: "El que ha nacido de Dios, vence al mundo, y la victoria que triunfa sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que "cree" en Jesús?

Este texto nos dice que el cristiano se ve confrontado con "el mundo", al que puede y debe vencer, pero - obviamente - por el que puede también ser vencido. El cristiano no goza de una especie de "extra-territorialidad", ni vive en un ambiente neutro. El "habitat" del cristiano es ese "mundo", que no se identifica con el Universo natural creado por Dios, sino que - en el uso de San Juan - designa nuestro ambiente existencial en cuanto estructurado por el hombre y marcado por sus egoísmos individuales y grupales, es decir, por su tendencia instintiva a buscar sus propios intereses, lo que desemboca en la inequidad, el hedonismo, el consumismo, el afán de poder y también el miedo a perder lo que se posee. Con la realidad de este "mundo" el cristiano está en conflicto insoslayable y sin más alternativa que la de vencer o ser vencido. En otras palabras, absorbido por "el mundo".

San Juan subraya que lo que nos hace vencer al mundo es nuestra "fe", nuestra fe en Jesús, el Crucificado resucitado, como lo deja en evidencia el Evangelio. No es difícil percibir por qué y cómo esta fe vence al mundo, induciendo, cuando es real, un estilo de vida contrapuesto al vigente en "el mundo". Efectivamente, está en la entraña misma de nuestra fe en Jesús resucitado el reconocimiento de que su resurrección fue la reivindicación hecha por Dios al "camino" adoptado por Jesús en su ministerio histórico, y que lo condujo a la condenación y a la ejecución, porque fue una denuncia y un desafío frontal a los principios que sustentaba la sociedad en que vivió y que no son diferentes de los que rigen en cualquier "Reino de este mundo". Jesús fue rechazado porque encarnando los criterios de Dios, quería "incluir" a los que su mundo excluía; porque denunciaba el peligro de idolatría inherente a la acumulación de riquezas; porque proclamaba la preferencia de Dios por los que son víctimas de la injusticia social; porque mostraba a un Dios que ofrecía su perdón a quienes se sabían pecadores, y que lo hacía acercándose a los descalificados y comiendo con ellos; porque le producía indignación una religiosidad ostentosa, que pretendía, además crearles a quienes la vivían derechos que los hacían acreedores de Dios. Ese "mundo" de Jesús, lo venció crucificándolo. Pero Dios reivindicó a Jesús resucitándolo.

Si nosotros seguimos el camino de Jesús, actuando "a contrapelo" de los principios que tácitamente rigen nuestro "mundo", posiblemente vamos a aparecer no como triunfadores sino como derrotados; pero nuestra fe en la resurrección del Crucificado nos va a dar la certeza de que al actuar así estamos en realidad "venciendo al mundo".

Una fe que nos hace actuar en contraposición a la corriente de nuestro mundo, es ya una victoria sobre este mundo. Esta fe, que no se basa en una visión sensible, nos abre los ojos de la mente para ver la realidad de otra manera.

Y cuando vemos la realidad a la luz de nuestra fe en la resurrección del Crucificado, comprendemos que las coordenadas esenciales de la verdadera vida son las que se destacan en el cuadro que nos presenta la 1ª Lectura como descripción de la vida de la primera comunidad cristiana: *comunión*, que se resiste a cualquier apropiación egoísta, y *testimonio* valiente de la resurrección de Cristo. ¿Nos sentimos realmente hermanos y continuadores de esos primeros cristianos?

### 3º PASCUA - B

Hch 3,13-15.17-19; 1 Jn 2,1-5ª; Lc 24,35-48

Los tres textos bíblicos de este Domingo nos presentan el "perdón de los pecados" como un elemento inextirpable de la fe en Cristo muerto y resucitado, y dos de ellos (la 1ª Lectura y el Evangelio) hablan de esto en conexión explícita con la "conversión". Creo importante reflexionar un poco sobre este tema, porque nos puede llevar a una comprensión iluminadora de nuestro cristianismo.

Lo primero es subrayar que la "conversión" cristiana no consiste primariamente en un "cambio de conducta", sino en un cambio de la manera de ver la realidad a partir de la luz que se proyecta desde la aceptación de la muerte y resurrección de Jesús como *la* "buena noticia". Es buena noticia, ante todo, porque nos asegura que la palabra final de la existencia humana no es la muerte, sino la vida inmortal; pero es buena noticia, también, porque esto nos muestra que la actitud de Dios hacia los hombres es de un amor empecinado y sin límites que no se deja vencer por los rechazos que le oponemos; y es, asimismo, buena noticia, porque nos muestra con evidencia cuál es el camino de la Vida, que no es otro que el que llevó a Jesús a ser crucificado y a ser reivindicado por el Dios que lo resucitó.

Y aquí comenzamos a comprender cómo esta conversión cristiana tiene que ver con el "perdón de nuestros pecados". Esa conversión *no empieza* por el arrepentimiento de "pecados" reconocidos desde antes como pecados por ser la transgresión de alguna "ley". Lo que pasa es que la comprensión de lo que significa la resurrección del Crucificado nos lleva al descubrimiento de una "pecaminosidad" que era imposible de descubrir antes de esa comprensión: "pecaminosidad" que no consiste en la transgresión de una norma, sino en no adoptar la escala de valores que Dios nos muestra en Jesús y que fueron irrestrictamente aprobados por su Padre al resucitarlo. Y es este estilo de vida el que fue rechazado por su mundo.

Ustedes ven que el descubrimiento de la terrible seriedad de nuestro pecado es una consecuencia de haber "conocido y creído en el amor que Dios nos ha mostrado" en la muerte y resurrección de Cristo: es decir, de haber reconocido que ese amor inconmensurable conlleva el perdón de nuestros pecados. Aunque resulte paradójico, sólo podemos tomarle el peso a nuestro pecado en la gratitud gozosa por el perdón que se nos ha regalado en Cristo y que acogemos como una gracia inmerecida. Y obviamente, esta experiencia gozosa del perdón ofrecido y acogido, que pertenece a la esencia misma de la conversión cristiana, desemboca en un cambio de conducta que nos mantendrá lejos del pecado, porque no lo veremos ya como la transgresión de una norma impersonal, sino como la traición personal al que tanto nos ha amado.

Es claro que amar como Dios ama implica "cumplir *sus* mandamientos": pero desgraciadamente es posible "cumplir *los* mandamientos" sin amar como Dios nos ha amado, y eso nos deja con nuestros pecados sin perdonar.

#### 4º PASCUA - B

Hch 4,8-12; 1 Jn 3,1-2; Jn 10,11-18

Hoy se nos pide a todos los católicos rezar por las vocaciones, pensando específicamente en el sacerdocio y en la vida religiosa. Creo que es de mucha importancia situar este tema en un ámbito más amplio. En concreto, dentro del ámbito de la vida cristiana tal como nos la hace ver nuestra fe. Esta nos lleva a reconocer a Jesús el Crucificado resucitado, como el "Señor" de nuestras vidas, es decir, a no considerarnos "dueños y señores" de nuestra vida. San Pablo lo dice de manera tan bella como categórica en Rom 14,3-4.

Aceptar esto es reconocer que la pregunta fundamental de todo cristiano no puede ser otra que "¿Qué quiere de mí el "Dueño y Señor" de mi vida?" ; dicho de otra manera: "¿Para qué tarea me llama el Señor?". Si en todos los recodos de nuestra actuación es indispensable un discernimiento lúcido y objetivo de lo que aquí y ahora es bueno o mejor para cada uno, resulta obvio que el rumbo general de nuestra existencia tendría que estar respaldado por una opción cuyos fundamentos deberían ser unos claros y sólidos indicios de lo que el Señor espera de nosotros.

He hablado de "indicios", porque - fuera de casos milagrosos - el Señor no nos habla individualmente de otra manera, a fin de respetar nuestra personalidad y nuestra libertad y para que podamos abrazar nuestra vocación *comprendiendo* el sentido y el valor de la tarea o misión que el Señor nos quiere confiar.

Ahora es evidente que esos "indicios" tenemos que sopesarlos con criterios evangélicos, el más importante de los cuales es que, de todas maneras y cualquiera que sea el camino concreto, nuestra vida, por ser cristiana, tiene que ser alguna forma de *servicio* a los demás, y no una pura "auto - realización" egocéntrica.

Es demasiado claro que las aptitudes e inclinaciones han de ser tomadas en cuenta, pues son la manifestación de algo que Dios ha puesto en cada cual al crearlo. Pero ellas deben plantearle al cristiano la pregunta por la forma en que pueden ser puestas al servicio de los otros y no desarrolladas sólo para la propia satisfacción. Además, el cristiano, tiene que buscar la expresión de la voluntad de Dios para él en las necesidades del mundo que lo rodea: y al hablar de necesidades no estoy pensando sólo en las materiales e inmediatas, porque, ¿qué sería de nuestro mundo sin científicos que amplíen nuestro conocimiento de la verdad y nuestra capacidad tecnológica?, ¿o sin pensadores que nos hagan reflexionar sobre lo que sabemos y sobre el sentido de la existencia?, ¿o sin artistas que creen belleza para nosotros?. ¿A qué necesidad corresponden mis aptitudes, y cómo hacer para que éstas queden al servicio de aquella?

Si a *todos* nuestros jóvenes les presentamos esta manera de enfocar su futuro como vocación de Dios y no como auto - realización, creo que no faltarán quienes puedan discernir una llamada del Señor al servicio de su Evangelio en el sacerdocio o en la vida religiosa. Para tomar este camino sólo se necesitan dos condiciones: recta intención "servir a" y no "servirme de", y aptitud para asumir las responsabilidades inherentes.

Estoy convencido de que habrá vocaciones para el sacerdocio y la vida religiosa si hay entre los cristianos conciencia compartida de que toda opción de futuro tiene que basarse en el discernimiento personal de lo que Dios quiere para cada cual. Serán casi milagrosas tales

vocaciones, si en el aire que se respira está como criterio supremo el enriquecimiento personal, que puede no ser solamente económico.

Rezar por las vocaciones es, pues, ante todo, rezar porque *todos* los jóvenes cristianos comprendan que tienen que descubrir su propia vocación: la que Dios quiere para cada uno.

## 5° PASCUA - B

Hch 9,26-31; 1 Jn 3,18-24; Jn 15,1-8

Ocho veces aparece el verbo "permanecer" en el breve texto del Evangelio.

Hay que reconocer que la idea de "permanencia" no es de las más valoradas en este mundo. Vivimos encandilados por lo "nuevo", y tenemos la tendencia a verlo todo como "desechable".

La velocidad del cambio es tan grande, que sabemos que cualquier artefacto que adquiramos va a quedar pronto obsoleto por innovaciones tecnológicas "de última generación". Y el cambio no afecta sólo a las cosas materiales, sino también a las normas o pautas sociales y a la misma imagen del mundo y de la vida, constantemente modificada por las ciencias físicas o biológicas.

Esta situación es normal y es buena en la medida en que nos impide instalarnos y rutinizarnos, y sobre todo en la medida en que nos obliga a repensar los fundamentos y la solidez de nuestras convicciones y criterios. Porque esta reflexión nos hace justamente discernir lo permanente de lo cambiante y descubrir que con frecuencia costumbres nuevas favorecen mejor ciertos valores que eran también buscados de otra manera en el pasado.

La "cultura de lo desechable" se torna inadmisibile cuando se llega al extremo de excluir a priori la posibilidad de algo como un valor permanente y de tenerlo todo como objeto de desecho. Creo que se nos impone tomar conciencia de que las personas no son nunca desechables. ¿Quién de nosotros no ha sentido alguna vez la indignación que produce el hecho de sentirse "usado" y después dejado de lado como un limón al cual se le ha extraído el jugo? La *fidelidad* de quienes han entablado con nosotros una relación de amistad y de amor la experimentamos como algo a lo que tenemos derecho. Esto que sentimos válido cuando nosotros estamos en juego, tenemos que encarnarlo en nuestras actitudes respecto de los demás. Esto está incluido en el "ama a tu prójimo como a ti mismo" y en "haz a los otros lo que deseas que los otros te hagan a ti".

En esta línea de la fidelidad personal Cristo nos pide que "permanezcamos unidos a él"; lo que implica según el texto que "sus palabras permanezcan en nosotros". No se puede "permanecer en Cristo" por inercia. Incluso en el nivel puramente humano, las fidelidades no cultivadas languidecen y mueren. Con mayor razón nuestra fidelidad a Jesús supone un cultivo asiduo, consistente en el esfuerzo por conocerlo más y con mayor profundidad mediante la lectura inteligente de los Evangelios y del Nuevo Testamento (¡qué maravilla es descubrir a Jesús viendo, por ejemplo, lo que él era para San Pablo o San Juan!) y el conocimiento luminoso de Jesús es inseparable de la comprensión de su mensaje, no tanto en lo que fue históricamente, sino más bien en lo que significa para mí aquí y ahora. Esto es lo que Jesús expresa cuando nos dice que son inseparables el "permanecer nosotros en él" y el "permanecer sus palabras en nosotros". Nuestra unión a él es irreal si no le damos a su mensaje un valor permanente para nosotros y si no nos esforzamos por comprender la manera concreta en que tenemos que darle vigencia en la irrepetible coyuntura histórico - cultural en que nos ha tocado vivir.

## 6º PASCUA - B

Hch 10,25-26.34-35.44-48; 1 Jn 4,7-10; Jn 15,9-17

Creo que un buen punto de partida para nuestra reflexión nos lo ofrece la *sorpresa* - con un dejo de molestia - de los cristianos de origen judío al ver que el don de Dios también se derramaba sobre gente que ellos consideraban "descalificada".

Es claro que esa actitud tenía su raíz en *prejuicios* nacionalistas o racistas, en que se expresaba un *egoísmo colectivo* que igual puede ser étnico o clasista y que, en cualquiera de sus formas, suele ser más fuerte que nuestro egoísmo individual porque es más difícil de reconocer como egoísmo. Y es importante destacar que el texto bíblico nos pone en guardia contra prejuicios descalificatorios *que pueden arraigarse en comunidades cristianas*. También a nosotros hoy nos puede resultar duro o difícil aceptar que *Dios sea más grande que la Iglesia* a la que estamos acostumbrados.

En el fondo tales prejuicios brotados de egoísmos más o menos inconscientes sólo pueden echar raíces cuando se desconoce el amor de Dios, que es universal, gratuito y siempre "primero" como lo subraya la 2ª Lectura. *Siendo* nosotros *indignos* Dios *nos amó* y nos envió a su Hijo para que cargara con nuestros pecados; y esta actitud de Dios de tomar la iniciativa de entrar en relación con nosotros, pasando por encima de nuestros pecados, se hizo visible en la conducta de Jesús, quien se mostró como "amigo de los pecadores" comiendo y bebiendo con ellos. (Lc 7,34; 15,1-2).

El reconocimiento de este amor salvador y universal como el rasgo más característico de Dios, constituye la entraña misma de la fe cristiana (cfr. 1 Jn 4,16), y la única forma de verificar si esta fe es real (y no ilusoria) es la capacidad de amar con un amor moldeado sobre el de Dios, es decir, con un amor universal, gratuito y "primero", como lo recalca con enorme fuerza el Evangelio de hoy. Ser cristiano no es adherir a un "ideario cristiano" sino *amar con un amor semejante al que Dios nos ha mostrado en Cristo*. Esa capacidad de amar surge de la conciencia que se tiene de ser uno amado por Dios, Cuando se descubre experiencialmente la realidad e intensidad del amor con que uno es amado y acogido por Dios, entonces se descubre la mezquindad de nuestros egoísmos y exclusiones. Si estos se mantienen, es que no hemos conocido de veras a Dios; es lo que dice S Juan en la 2ª Lectura.

Jesús, en el Evangelio, nos dice que nos "amemos los unos a los otros como El nos ha amado" . ¿Es posible esto si no tenemos ante los ojos cómo nos amó Cristo? Y es a esto a lo que se refiere Jesús cuando nos pide que "permanezcamos en su amor". Estas palabras no se refieren en primer lugar a que sigamos amándolo, sino a que sigamos estando conscientes del amor que él nos tiene; y no sólo a nosotros, sino también a cada uno de nuestros hermanos, lo que les confiere una dignidad sagrada, tanto más digna de amor cuanto más envilecida se encuentra por el pecado propio o por la injusticia ajena.

Es bueno pensar que - como se dice en el Evangelio - si somos cristianos es porque *Cristo nos eligió* y nos llamó para asignarnos un destino o una tarea, consistente en que *demostremos frutos de amor*. No importa cuál sea nuestra actividad; lo decisivo es que nuestro móvil sea la preocupación desinteresada por el bien de nuestros hermanos, tal como el móvil de toda la actuación de Cristo fue el transmitirnos y entregarnos el amor de su Padre para que también nosotros pudiéramos tenerlo como nuestro Padre.

## ASCENSIÓN- B

Hch 1,1-11; Ef 4,1-13; Mc 16,15-20

### 1. Ascensión y misión.

La "ascensión" no le añade nada a Cristo resucitado. Es sólo una expresión simbólica de la Gloria en que entró por su resurrección. En el fondo, la podemos definir como la última manifestación visible del Resucitado a la comunidad creyente representada por el grupo apostólico. Ahora bien, es interesante señalar que todos los relatos de esa última manifestación enfatizan la *misión*, de la que quedan hechos responsables los creyentes por el hecho de cesar la presencia visible de Jesús entre ellos.

### 2. Universalidad de la misión.

Los discípulos quedan enviados al mundo entero. Esto significa que la *meta última* de la misión es lograr que la humanidad entera tome conciencia de la profunda *unidad* a que está llamada por ser todos los hombres creados por Dios y redimidos por Cristo: conciencia que los tiene que llevar a vivir como hermanos en paz y solidaridad.

### 3. Misión y unidad de los cristianos.

En la Lectura del libro de los Hechos Jesús aparece expresando la *misión* de los discípulos *en términos de "testimonio"*: "seréis mis testigos". Sólo hay "testimonio" cuando hay coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Si el mensaje proclamado no se hace visible en la vida de los que lo proclaman, el mensaje se ve privado de toda credibilidad, pues queda en claro que no creen de veras en él quienes lo proclaman. Y el testimonio que se nos pide es *el que refleje el amor universal*, gratuito y salvador *de Dios* hacia todos los hombres: amor universal, cuya aceptación no puede menos que llevar a la superación de todos los factores que separan y al logro de una comunión fraternal. Salta a la vista, entonces, que la *unión* de quienes proclaman el Evangelio de Cristo es una *condición indispensable para la validez de su testimonio*. Por eso es que la preocupación por la unidad, acentuada en la Carta a los Efesios, tiene que ser central en todos los que se sienten concernidos por la responsabilidad de la misión cristiana.

Preocupación por la unidad interna de nuestra Iglesia Católica, hoy amagada por diversos movimientos y tendencias de espíritu excluyente y capillista. Preocupación, también, por la unidad de las diversas Iglesias o Confesiones cristianas. La preocupación por la unidad tiene que brotar de la conciencia del escándalo de la desunión, y tiene que expresarse no sólo en la oración (a la que estamos llamados específicamente en la semana que hoy comienza), sino también en la práctica del "Ecumenismo del Amor", que nos lleve a superar nuestros prejuicios mediante encuentros de oración y reflexión evangélica con gente de otras denominaciones cristianas, acentuando más lo que nos une que lo que nos divide (somos hermanos y no enemigos). Todo lo que hagamos por la unidad y comprensión a cualquier nivel, contribuye al logro del designio de Dios en la historia de los hombres.

## PENTECOSTÉS - B

Hch 2,1-11; 1 Co 12,3b-7.12-13; Jn 20,19-23

Celebración de la venida del Espíritu Santo.

La donación del Espíritu Santo como presencia permanente en la Iglesia es *el* fruto de la acción salvadora de Jesús crucificado y resucitado.

Su papel es, antes que nada, hacerles posible a los creyentes una comprensión experiencial de la persona y de la obra de Cristo. Así como Jesús no vino a desplazar o reemplazar al Padre, sino a revelarlo plenamente y a hacerlo presente, así también el Espíritu Santo no vino a sustituir a Cristo, sino a revelarlo y a hacerlo presente de una manera posible de experimentar. Sin la experiencia de Cristo hecha posible por el Espíritu Santo, nuestro cristianismo es superficial y no nos constituye en "testigos de Cristo".

Pero esta función o papel del Espíritu Santo, no agota su misión, como no la agota ninguna de sus intervenciones ni ninguno de sus dones. A través de la multiplicidad inabarcable de las actividades individuales o colectivas que cabe reconocer como efectos de la presencia dinámica del Espíritu Santo en la Iglesia, lo que busca él es crear la verdadera *unidad de comunión*, que es más importante que la unidad de organización estructural (ordenada a la eficacia de su funcionamiento) e incluso que la unidad de creencia y de disciplina. Esa unidad de comunión es la que se basa en la primacía otorgada por todos a lo común sobre lo propio, pero sin anular lo propio y lo diverso. Lo característico de esta unidad es que ella se da precisamente en la más variada diversidad. El Espíritu Santo es principio de unificación, pero también de diferenciación. La uniformidad es una caricatura de la comunión que brota del Espíritu Santo. Este quiere que la Iglesia sea universal no sofocando o nivelando las particularidades, sino exaltándolas y promoviéndolas.

Por eso, el único criterio decisivo de la presencia activa del Espíritu Santo en nosotros como personas y en nuestras comunidades, es el afán de crear y afianzar la comunión que recién describimos. Señalo dos rasgos que caracterizan ese afán:

- a) Valoración de la comunidad eclesial sin reducirla a una especie de "coexistencia" que no nos exige un compromiso personal: si no sentimos como ineludible e intransferible el compromiso de "hacer Iglesia" y si no sentimos la necesidad de enriquecernos con la experiencia cristiana de otros hermanos, estamos muy lejos de esa comunión espiritual que es la única que nos incorpora valientemente a la Iglesia y en la cual se realiza el fruto de la acción salvadora de Cristo.
- b) Valoración de la diversidad, sin creer que solamente nuestra manera o estilo de vivir la fe es la legítima, y sin caer en las descalificaciones o suspicacias respecto de otros carismas o estilos. No oponer, sino sumar. Agradecer que haya diversidades que nos cuestionan y que nos ayudan a superar la estrechez de nuestras limitaciones. Desear que la diversidad sea mayor para que la riqueza de Cristo se manifieste en forma más plena.

Todo esto se puede resumir diciendo que la unidad de comunión se identifica con el amor.

## **TRINIDAD - B**

Dt 4,32-34.39-40; Rm 8,14-17; Mt 28,16-20

La Trinidad, está presente - sin mucha conciencia nuestra - en todo comienzo cristiano: el Bautismo y la "señal de la cruz".

Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean un solo Dios, sabemos que constituye un "misterio". Un "misterio" es muy diferente de un "problema". Los problemas nos desafían a encontrar la verdadera relación existente entre datos que pertenecen todos a una esfera que nos es accesible; y así, una vez encontrada la solución, el problema deja de ser tal para nosotros. Es propio del misterio, en cambio, incluir elementos que superan nuestra capacidad. El ámbito

más característico de lo misterioso es el de lo personal. Hay algunas personas que calificamos como "problemáticas", y esa problematicidad la pueden comprender y solucionar - los psicólogos o los psiquiatras. Pero todas las personas encierran un misterio que incluso quienes entran en él no logran comprender con claridad racional.

Debería ser obvio para todo el mundo que Dios no puede dejar de ser para nosotros un misterio ineludiblemente velado, escondido, insondable, y la autorevelación de Dios no está ordenada a "explicarnos" lo que él es, sino a introducirnos en su misterio. Él se acerca a nosotros, pero esto no puede significar que él quede a nuestra disposición. Su cercanía nos hace conscientes de lo inasible que él es, de la imposibilidad de que él pueda quedar adecuadamente expresado en nuestros conceptos, y mucho menos atrapado en ellos.

Es muy útil tener presente que la revelación de la Trinidad no consistió en una especie de "dictado doctrinal" como si una voz celestial hubiera resonado diciendo: "A ver: copien esto: La realidad de Dios es la trinidad de tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son un solo Dios". No. La revelación tuvo lugar históricamente a través del proceso secular de auto - donación de Dios a la humanidad y de incorporación de ésta a la vida íntima de Dios.

En el Antiguo Testamento, a Israel Dios se le reveló como un Dios personal, y no como una fuerza impersonal, más o menos identificada con la Naturaleza o relacionada primariamente con ella. Dios se reveló como un Dios personal y libre, caracterizado por el hecho de entablar relaciones interpersonales: elección, vocación, Alianza, sujetas a vicisitudes históricas. El Dios del Antiguo Testamento no es el Dios de las montañas, de las fuentes, de las tormentas, sino el "Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob", al que se le aplican nombres basados en los papeles personales que se dan en la humanidad. Padre, Esposo, Rey, "Redentor" ("Go'el").

En el ministerio de Jesús Dios se mostró como *Padre de Jesús* de una manera única y definitoria: y ello, a través de la vida esencialmente filial de Jesús (su "Abbá").

Después de la glorificación de Jesús, la Iglesia se sintió invadida por una fuerza divina invisible, "espiritual", que la llevó a reconocer plenamente a Jesús como Hijo eterno de Dios y a hacer de él el centro de su vida.

Jesús, como Hijo, no vino a sustituir al Dios del Antiguo Testamento, sino a revelarlo plenamente y a hacerlo presente. Del mismo modo, el Espíritu Santo no vino a sustituir al Hijo, sino a revelarlo plenamente y a hacerlo presente.

La convicción trinitaria es, pues, el resultado de la experiencia secular debida a la progresiva auto - donación de Dios.

La "teología" trinitaria es virtualmente impenetrable; ni clases de teología, ni lecturas de escritos teológicos van a remover el velo del misterio. Pero *creer* en la Trinidad nos deja delante de un Dios que es un foco de comunión absoluta y que ha creado al hombre para que se integre en esa comunión divina y la prolongue manifestándola. La Trinidad en que creemos es una interpelación permanente a vivir los cristianos en una comunión entre nosotros que sea una imagen y semejanza de la comunión entre las Personas divinas. Es la oración de Jesús: "Que todos sean uno. Como tú Padre en mí, y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, y así el mundo crea,... Que sean uno como nosotros somos uno" (Jn 17,21-22)

## **CORPUS CHRISTI - B**

Ex 24,3-8; Hb 9,11-15; Mc 14,12-16.22-26

Se ha dicho con razón que la Eucaristía es el límite extremo de la Encarnación. Si el Hijo eterno de Dios se hizo hombre, fue para mostrar efectivamente su amor por los hombres

buscando hacerse presente en el mundo humano de una manera cercana y accesible. Su resurrección le dio un tipo de existencia que le permite estar presente en cualquier lugar y en cualquier momento, pero de manera invisible para nuestros ojos e intangible para nuestras manos. Por eso instituyó la Eucaristía, donde tenemos la certeza "localizada" de una presencia suya que nos permite entablar con él una relación de "comunidad personal" en una medida y con un realismo que superan toda ponderación. No es que esta presencia suya en la Eucaristía haga "irreal" su presencia, por ejemplo, en los pobres y sufrientes, sino que su carácter "personal" es más patente en ella..

La Eucaristía tiene tal riqueza, que se la puede abordar desde muchos puntos de vista, ninguno de los cuales logra agotarla. Los textos de la Liturgia de hoy nos invitan a desentrañar un poco las palabras de Jesús cuando nos presenta el cáliz de la Eucaristía como "cáliz de su sangre", precisando que su sangre es "sangre de la (Nueva) Alianza".

Para comprender esto es indispensable tener presente que el pueblo de Israel concebía sus relaciones con Dios como una "Alianza", lo que implicaba que esas relaciones no surgían de un "parentesco" natural o "genérico", sino de una decisión libre y datable cuya iniciativa correspondía a la libertad de Dios, pero que había sido libremente acogida por el pueblo; esa alianza significaba un compromiso, por parte de Israel, de adhesión y fidelidad a "su" Dios, y, por parte de Dios, de presencia y protección a "su" pueblo. (La "fórmula de Alianza" era: "Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo"). Uno de los ritos más frecuentes para sellar una "alianza" ha sido un "rito de sangre", destinado a mostrar que se quiere vivir como parientes, es decir, como de la "misma sangre". Es el rito con que se selló la Alianza de Israel con Dios en el Sinaí: una misma sangre es derramada sobre el pueblo y sobre el altar, que es como "la mano visible de Dios" (por lo que todo lo que es puesto sobre el altar se "hace sacro", pasa a pertenecer a Dios, es un "sacrificio"). Todo esto aparece rubricado con las palabras de Moisés: "Esta es la sangre de la Alianza que ahora el Señor hace con ustedes".

Jesús vivió su vida y su muerte para fundar un nuevo régimen de relaciones con Dios, pero dotado también de los caracteres de una "Alianza". La novedad de la Alianza que quiere establecer Jesús acentúa fuertemente el rasgo de "autodonación" libre y gozosa que caracteriza la actitud tanto de Dios como de quienes acepten esa plena autodonación de Dios.

La meta de la "Nueva Alianza" es una "comunidad" total entre Dios y los hombres y entre los hombres que entran en esta comunidad con Dios. La culminación de esa voluntad del Hijo de Dios de "darse" sin reservas a los hombres fue el entregar su cuerpo a la muerte y derramar su sangre. Por eso Jesús habla también de su "sangre derramada" como "sangre de la Alianza".

Al pedirnos que "bebamos su sangre", y que lo "hagamos en conmemoración suya", nos está llamando a identificarnos con él en su actitud de entrega de sí mismo sin reservas, no sólo a Dios sino también a quienquiera que necesite de nosotros.

La participación en la Eucaristía significa reafirmar una voluntad de comunidad: no sólo con Jesús sino - en Jesús - con todos aquellos a quienes él ama, tal como nosotros somos amados por él.

## TIEMPO ORDINARIO

### DOMINGO 2 - B

1 S 3,3b-10.19; 1 Co 6,13c-15ª.17-20; Jn 1,35-42

El texto del Evangelio de hoy se caracteriza, literariamente, por su sencillez casi esquemática y por su extremo laconismo. Pero, al mismo tiempo, posee una rara densidad evocativa: quedamos con la sensación de estar casi presenciando sucesos de mucha profundidad y decisivos, en los que, por alguna razón, nos sentimos también nosotros personalmente concernidos.

Creo que la clave está en la pregunta de Jesús a los seguidores de Juan que habían comenzado a seguirlo: "¿Qué están buscando?" Se trata de una pregunta que casi siempre tiene una respuesta que vuelve a suscitar la misma pregunta: "Estoy buscando un título universitario". "¿Y qué buscas con eso?". "Ganar dinero". "¿Y qué buscas con eso?". "Tener una familia con un alto nivel de vida". "¿Y qué buscas con eso?"... El ser humano tiene un objetivo último, en el que habitualmente no piensa, absorbido por búsquedas inmediatas y concretas. Y esto se ve exacerbado en nuestro mundo tan saturado de "ofertas", que se nos hace difícil saber qué buscamos, e incluso se nos atrofia la capacidad de "buscar" reemplazándola por la compulsión de optar entre las ofertas que nos asedian.

La convicción fundamental de la fe es que el encuentro con Dios es lo único que puede poner fin a la búsqueda humana. Y el sentido más claro de la 1ª Lectura y del Evangelio de hoy es que hay en la vida humana ciertas "horas" dotadas de un carácter único y decisivo en que la "búsqueda" más o menos consciente se convierte en un "encuentro" que unifica y le da sentido y rumbo definitivo a toda la existencia, y en el que con frecuencia desempeña un papel importante alguien que - como Elí o como Juan Bautista - finalmente queda fuera de ese encuentro experiencial privilegiado.

En todo caso, lo esencial está en la toma de conciencia de que el Misterio trascendente se nos ofrece en un ser personal que tiene su universo (su "habitat") propio, en el que tenemos que entrar dejando atrás las seguridades del ámbito en que hasta ahora nos hemos movido. Esto es lo que está detrás de la pregunta aparentemente elusiva con que los discípulos de Juan Bautista reaccionan ante la pregunta de Jesús: "¿Qué están buscando?": "Maestro, ¿dónde vives?".

Y es claro que la continuación del texto: "Vengan a ver", y "Fueron y vieron", alude no tanto a un lugar físico, sino al encuentro con la persona de Jesús con todo su contexto vital: "Pasaron con él el resto de la tarde".

Estas frases, aparentemente anodinas aluden al acontecimiento espiritual respetando su misterio inexpressable. Pero el evangelista subraya dos rasgos que revelan su autenticidad y su profundidad:

- Por una parte, el impulso que experimentan los que tuvieron ese encuentro por transmitir su sentido y su alcance a través de formulaciones sobre el ser de Jesús.
- Por otra parte, el pleno señorío de Jesús que ya de antemano le fija su futura tarea y misión a Simón expresada en su cambio de nombre por Cefas (Pedro).

La 1ª Lectura subraya que no es fácil reconocer la voz y llamado del Señor, pero que lo esencial es la apertura dócil a lo que el quiere: "Habla, Señor, que tu siervo escucha". Que el Señor nos de a todos "un corazón que escuche".

## DOMINGO 3 - B

Jon 3,1-5.10; 1 Co 7,29-31; Mc 1,14-20

### 1.- Caracterización del mensaje de Jesús.

- a) Es el anuncio de un *acontecimiento*. ("tiempo cumplido"..."ya está cerca"), no de "verdades eternas" o de "interpretaciones" de la realidad; se trata de un acontecimiento que "transforma" la realidad.
- b) Este acontecimiento consiste en la presencia que comenzará a tener el *reinado de Dios*, de tal modo que de una simple esperanza se transforme en una experiencia.
- c) Este acercamiento del reinado de Dios es presentado como una "*buena noticia*", y no - como en el mensaje de Juan Bautista - como una amenaza aterradora, porque Dios, para Jesús, es el Padre que ama a los hombres y se acerca a ellos para salvarlos: sanarlos, liberarlos, consolarlos, perdonarlos. Ese "acercamiento" se va a realizar con la actividad y las actitudes de Jesús.
- d) Este mensaje exige una reacción: "cambiar de vida" y "creer en el Evangelio". No se trata de dos cosas: El cambio de vida consiste en tomar en serio el carácter de "buena noticia" del mensaje y de la persona de Jesús, con lo que la vida tiene que pasar de gris, desesperanzada o aburrida, a una vida luminosa, gozosa, llena de dinamismo.

### 2.- ¿Hemos acogido el mensaje de Jesús?

La respuesta tenemos que buscarla no tanto al nivel de adhesión a determinadas verdades, sino al nivel de la calidad de nuestra vida: el mensaje de Jesús ¿es o no es *para nosotros* una noticia que nos llena de gozo, que nos abre horizontes, que nos estimula?

Un elemento que ayuda a dar una respuesta realista a la pregunta planteada, es preguntarnos si sentimos o no la presión interior por transmitir nuestra experiencia del encuentro liberador con Cristo. Si no somos evangelizadores, es un indicio de que no estamos evangelizados, de que no hemos comprendido el Evangelio como buena noticia para nosotros mismos. ¿Nos sentimos identificados con Simón y Andrés, con Santiago y Juan, que lo pospusieron todo para ayudar a Jesús a transmitir a los hombres el Evangelio como buena noticia que les trastorne la vida?

## DOMINGO 4 - B

Dt 18,15-20; 1 Co 7,32-35; Mc 1,21-28

El Evangelio de Marcos que nos corresponde leer durante todo este año en los domingos, tiene una estructura clara desde el comienzo. Podemos decir que todo su relato se ordena a hacer comprensible el rechazo a Jesús por su pueblo manifestado en su crucifixión. Ese gran relato se divide en dos secciones. En la primera - que comienza hoy - las diversas actuaciones de Jesús culminan habitualmente con una pregunta de parte de la gente; "¿Quién es éste, que dice o hace tales cosas?" Esta larga sección termina con una doble pregunta

dirigida por Jesús a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que soy yo?" y "¿Quién dicen Uds. que soy yo?". Y a partir de este diálogo cambia la línea narrativa de Marcos y se va a ordenar a dejar en claro que esa "mesianidad" de Jesús reconocida por Pedro tiene dos dimensiones muy especiales: por una parte, Jesús es el Hijo amado de Dios, más allá de las dimensiones visibles de su actuar; y, por otra parte, la manera concreta en que Jesús va a mostrar su filiación divina va a consistir en asumir el camino misterioso y doloroso del "Servidor de Yahvé" (descrito en Isaías), caracterizado por la aceptación de una obediencia llevada hasta la muerte de Cruz. Y, entonces, al morir Jesús, el centurión romano exclama: "Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios".

En el Evangelio de hoy tenemos el primer relato a través del cual Marcos introduce a Jesús en el ámbito concreto de la vida judía de su tiempo: la sinagoga. Es muy importante tomarle todo el peso a la descripción sobre los efectos que la enseñanza de Jesús provoca en sus oyentes: quedaron "atónitos de su manera de enseñar, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas".

Y esta descripción se repite en tono más intenso después de la liberación del poseso: "Quedaron llenos de estupor, tanto que se preguntaban unos a otros ¿Qué es esto? ¡ Qué manera tan nueva de enseñar: con autoridad! ¡Incluso manda a los espíritus y ellos le obedecen!"

Se puede decir que el evangelio describe con rasgos muy vivos la *autoridad* de Jesús. Esta autoridad incluye dos dimensiones: ante todo, nos hace *comprender* la actitud de Dios frente a la miseria humana, que es una actitud compasiva y salvadora; y, en seguida, muestra que en el mundo donde no se reconoce a Jesús como "el Salvador", se despliega de una manera misteriosa y oscura una fuerza que esclaviza al ser humano: fuerza de la que el hombre es liberado al reconocer el Señorío salvador de Jesús. Tenemos que reconocer que el lenguaje de los evangelios (y especialmente el de Marcos) nos choca con su personificación satánica de aquello que nos induce a no acoger a Cristo como el único Salvador del hombre.

Sea de ello lo que fuere, lo esencial está, sobre todo, en que Jesús es nuestro Salvador por cuanto nos hace descubrir y comprender la acción divina que se despliega en nosotros como una fuerza que nos hace libres de verdad, con una libertad que brota desde dentro y que es capaz de sobreponerse al dinamismo de nuestro egoísmo.

Muchos cristianos, en el fondo, ven a Jesús como el que nos impone limitaciones. Pero la verdad es que Jesús quiere que seamos de verdad libres al reconocerlo como Salvador o Liberador. El es, sobre todo, Liberador ya que hace que nuestra vida sea más plenamente libre.

## **DOMINGO 5 - B**

Jb 7,1-4.6-7; 1 Co 9,16-19.22-23; Mc 1,29-39

Hoy día continuamos en el evangelio de Marcos, con la descripción de lo que hizo Jesús en el primer día de su actividad "evangelizadora" en Cafarnaún. El relato consta de tres pequeñas escenas. Es importante comprender que las dos primeras (la curación de la suegra de Simón y la acción en favor de enfermos y "endemoniados") se ordenan a darle mayor fuerza a una acción desconcertante de Jesús que es el núcleo de este relato: y es que Jesús antes del alba abandona la casa en que se alojaba para ir a rezar solo en las afueras del pueblo, y cuando sus discípulos lo encuentran, le echan en cara que está defraudando a la muchedumbre que la tarde anterior le había presentado a sus enfermos y "endemoniados". (término cuyo alcance concreto en gran medida se nos escapa). La reacción de Jesús es clara: su mensaje y su misión tienen que llegar también a las aldeas vecinas. Y, de hecho, nos dice el Evangelio que Jesús - sin duda con

sus cuatro discípulos - partió para ir por toda Galilea predicando en las sinagogas y "arrojando demonios" (sin que logremos describir exactamente qué significa esta expresión).

Salta a la vista que el "centro de interés" de esta tercera escena del Evangelio de hoy está ordenado a que también los lectores de este trozo tomemos conciencia de que ni la persona de Jesús ni su evangelio pueden jamás llegar a ser una especie de "tranquila posesión". El Evangelio sólo se acoge de veras cuando se es plenamente consciente de que él no es un bien solo para nosotros. Estamos verdaderamente evangelizados cuando tenemos la conciencia aguda y dolorosa de que son muchos los que no comprenden la "buena noticia" inherente al Evangelio. No tenemos el derecho a disfrutar nosotros mismos de la buena noticia encarnada en la persona de Jesús, sin tomar todas las medidas posibles para que otros descubran la "Gracia escondida" en Jesús.

La gran tragedia del pueblo de Israel fue la de considerar como un bien propio que lo enriquecía, su adhesión al Dios único como "su Dios". A juicio de los grandes profetas la relación de Israel con ese Dios único era una opción gratuita y casi incomprensible de Dios, que de ninguna manera fundaba para ese pueblo una actitud orgullosa y despectiva (Am 3,2). Conocer a Dios envuelve un don muy grande en la medida en que entremos nosotros mismos en una dinámica evangelizadora.

### **DOMINGO 6 -B**

Lv 13,1-2.44-46; 1 Co 10,31-11,1; Mc 1,40-45

En este Evangelio de hoy aparece por primera vez un tema que encontraremos en una media docena de textos en otros lugares de los evangelios: el tema del silencio impuesto por Jesús a los que han sido objeto de una acción milagrosa que los favorecía. Lo más notable en estos relatos, como el de hoy, es la ineficacia de la consigna de silencio impuesta por Jesús: "Pero él. (el leproso) apenas salió, comenzó a divulgar lo ocurrido".

Estamos, pues, ante un procedimiento narrativo que quiere subrayar la "fuerza expansiva" que tenían los milagros de Jesús. El no los realizaba "por lucirse", sino para dar paso a la misericordia divina que, a través de su persona se desplegaba a favor de los sufrientes.

Deducimos que Jesús no quería que la reacción de la gente se centrara en su persona, sino en la misericordia y compasión de Dios puestas en movimiento por la fe sencilla de la gente.

Los milagros de Jesús, por así decirlo, no formaban parte de su "programa" de acción, sino que eran el "resultado" del encuentro entre la miseria humana y esa misericordia infinita de Dios que se hacía presente en la persona de Jesús. Podríamos decir, con base en Mc 5,25-34, que la misericordia perdonadora y sanadora de Jesús se desplegaba más allá de los cauces normales de su actuación deliberada. El poder salvador divino de Jesús está siempre disponible cuando alguien toma clara conciencia de necesitarlo vitalmente, sin que por ello uno pueda sentirse con el derecho a exigirlo. Nuestra confianza sólo es genuina cuando se basa en la riqueza de la misericordia divina encarnada en Cristo, y no lo es cuando se cree que es un derecho que podríamos exigir como un acreedor a su deudor.

Esta actitud es la que aparece en las palabras del leproso: "Si quieres, puedes dejarme limpio". En el evangelio aparece reprendida una petición concebida en los siguientes términos: "Si tú puedes algo, ten compasión de nosotros" (Mc 9,22). Jesús reprocha aquello de "si puedes", y enfatiza que "todo es posible para el que cree" (9,23).

Jesús sabe que una fe capaz de pedir lo imposible no es fácil, y por eso describe la actitud adecuada con la siguiente fórmula: "Creo, Señor, pero ven en ayuda de mi incredulidad" (9,24)

### **DOMINGO 7 - B**

Is 43,18-19.21-22.24b-25; 2 Co 1,18-22; Mc 2,1-12

El Ev. de hoy nos presenta un solo hecho: la curación de un tullido, que sirve de base para dos enfoques teológicos diferentes que se encuentran mezclados en el texto del evangelista Marcos, pero que son muy fáciles de distinguir. Se reconoce en los vers. 1-5a + 11-12 un relato de curación basado en la enorme fe desplegada por los acompañantes del paralítico. En cambio en los vers. 5b -10 todo comienza a partir de la declaración de Jesús de que los pecados del paralítico están perdonados, lo que escandaliza a algunos escribas que consideran que sólo Dios puede perdonar los pecados, frente a lo cual Jesús sana al enfermo para mostrar que él también tiene la capacidad de perdonar.

Es indudable que la Iglesia desea que nos centremos en la segunda de las dos dimensiones señaladas, porque la 1ª lectura destaca con gran fuerza y belleza la actitud "re - creadora" y perdonadora del Dios de Israel.

Esa capacidad perdonadora de pecados que caracteriza a Dios, forma parte de la más antigua profesión de fe cristiana, el "Credo de los Apóstoles": ("Creo en el perdón de los pecados"). Esta fe en el perdón que Dios otorga al hombre es uno de los elementos que hacen del mensaje de Jesús y de la Iglesia una "buena noticia", como se echa de ver en 2 Cor 5, 18 - 21: "Todo esto es la obra de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el encargo de anunciar la reconciliación. Es decir que, en Cristo, Dios estaba reconciliando consigo mismo al mundo, sin tomar en cuenta los pecados de los hombres; y a nosotros nos encargó que diéramos a conocer este mensaje. Así que somos embajadores de Cristo, lo cual es como si Dios mismo les rogara a ustedes por medio de nosotros. Así pues, en el nombre de Cristo les rogamus que acepten el reconciliarse con Dios. Cristo no cometió pecado alguno, pero por causa nuestra, Dios lo hizo pecado, para hacernos a nosotros justicia de Dios en Cristo".

Ahora, es importante subrayar que en el Padrenuestro el propio Jesús vincula inseparablemente la maravilla de recibir nosotros el perdón de Dios, con el deber de otorgar nosotros el perdón a quienes nos han ofendido. Tema al cual el mismo Jesús le dedica una amplia y conocida parábola: la de los dos deudores (Mt 18,23 - 35)

Es importante tener en cuenta que la comunidad cristiana no es una comunidad de "justos", sino una comunidad de pecadores perdonados y perdonantes.

### **DOMINGO 8 - B**

Os 2,14b.15b.19-20; 2 Co 3,1b-6; Mc 2,18-22

Creo que en este domingo la Iglesia nos invita a reflexionar sobre el valor de ciertas prácticas visibles o "externas" que normalmente caracterizan a una comunidad creyente y que son como signos reveladores o expresivos de esa fe común.

La historia nos habla de diversas valoraciones que esas prácticas religiosas comunitarias han recibido a lo largo de los tiempos. Ha habido períodos en que tales prácticas o ritos proliferaron y recibieron una enorme valoración, a veces con mayor "puntuación" otorgada al

cumplimiento externo y visible que a la actitud religiosa interna. Hoy día, al menos en el ámbito de lo que solemos llamar la "cultura occidental" hay una clara "deflación" de las dimensiones externas y colectivas de la fe religiosa.

Esta coyuntura histórico - cultural no debe llevarnos a un pesimismo desalentado y desalentador. Para la fe auténtica, lo realmente importante se juega para cada persona en un nivel rigurosamente individual, es decir, situado en el ámbito donde se toman libremente las opciones personales más profundas y decisivas. Ser cristiano tiene que ser el fruto de esas opciones individuales, nunca delegables. En este sentido dijo Jesús que él no había venido a traer paz, sino discordia, expresando esto gráficamente al decir que en una casa de cinco personas estarán en discordia: tres contra dos, y dos contra tres (Lc 12,51-53)

Nosotros no tenemos la posibilidad de elegir el mundo cultural en que nos toca vivir. Pero sí tenemos la posibilidad - y la exigencia - de abordar desde el Evangelio la situación cultural que nos es dada aunque no tengamos posibilidades serias o realistas de cambiarla. Jesús nos pone en guardia contra el afán de restaurar lo que ya "ha cumplido su estatura". Es normal que haya coyunturas extraordinarias y no previsibles que les hagan perder su sentido y su valor a algunos elementos habitualmente válidos. Sin descalificar los ayunos rituales, los discípulos de Jesús se encontraban frente a una situación histórica - la presencia del Mesías - que les quitaba relevancia o sentido a esos ayunos: "¿Es que pueden ayunar los amigos del novio mientras el novio está con ellos?"

Esta actitud de Jesús es muy importante para subrayar que dentro de las prácticas habituales de una vida de fe, se nos impone tener clara cierta "escala de valores", ya que con frecuencia tendemos a darles a todos los elementos de nuestra "vida cristiana" el mismo peso o valor, sin distinguir demasiado entre valores intransables y prácticas devocionales más o menos optativas y sujetas a cambios normales.

Lo capital es tener siempre presente que en el amor a Dios y al prójimo se cumple todo lo que él nos pide, mientras que todos los cumplimientos que no brotan de ese doble amor carecen de todo valor a los ojos de Dios.

Es la consciencia de la centralidad del amor - del que Dios nos tiene y del que nosotros le debemos - la que nos permite vivir, no como esclavos de preceptos impersonales, sino como hijos amantes de un Padre amoroso, liberados por la maravilla de sabernos amados por Dios.

## **DOMINGO 9 - B**

Dt 5,12-15; 2 Co 4,6-11; Mc 2,23-3,6

El centro del evangelio de hoy está en la célebre frase de Jesús: "El sábado (= el día de reposo) se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado". Es una frase de enorme trascendencia, y por lo mismo hay que entenderla bien. Jesús enfatiza que Dios instituyó el sábado para el bien del hombre, y más en concreto, para que disfrute de la *libertad* que es el reposo. Dios no quiere que la existencia humana se reduzca a la dimensión de productor de bienes por el manejo laborioso de los objetos, que era la condición de los esclavos. El hombre está llamado a ser y a sentirse libre y señor de su tiempo para humanizarse en una relación gratuita y desinteresada con el fundamento de su existencia, que es Dios, y con los demás hijos de Dios. Basta leer el texto del Deuteronomio que constituye la 1ª Lectura de hoy, para percibir que el sentido original y primitivo del "Sabat" era asegurarle al israelita (y también al forastero y al esclavo) un día en que tomara conciencia de su inalienable libertad y pudiera disfrutarla.

Pero el hombre a nada le tiene más miedo que a la responsabilidad y a los riesgos de su libertad y está siempre dispuesto a cambiarlos por la seguridad que se encuentra en el cumplimiento de normas claras y taxativas. Y esto es lo que pasó con la institución del "Sábado". Se la hizo objeto de una minuciosa casuística jurídica y legalista. Y el acento recayó no sobre su carácter de un don otorgado por Dios, sino sobre su carácter de una ley impuesta por Dios. Vemos, entonces, que lo que hace Jesús es restituir el sentido original del "Sabat" como experiencia de libertad y de acción gratuita y desinteresada.

¡Qué importante sería que no redujéramos el domingo (que nos recuerda el comienzo del mundo nuevo gracias a la resurrección de Cristo) a la asistencia obligatoria a la Misa! ¡que lo sintiéramos y lo viviéramos como un día, no de "tiempo libre", sino de toma de consciencia de una libertad respecto de las cosas y de una dignidad que sólo se despliega plenamente en la relación personal con Dios! ¡Qué tristeza es ver para cuantas personas la misa dominical es una obligación legal o jurídica, y no la maravillosa posibilidad de celebrar gratuitamente a nuestro Dios liberador, en comunión gozosa y festiva con nuestros hermanos en la fe!

Es obvio que la palabra de Jesús no se agota en la forma de enfocar el día del descanso sagrado. En ella se encierra lo más amplio y sustantivo del Nuevo Testamento: que el contenido de toda ley es el amor realista del prójimo (=el hermano cercano), y que al bien de éste todo se debe subordinar. No hay peor perversión del cristianismo que la de verlo ante todo como un conjunto de normas objetivas e impersonales. Su verdadera esencia está en la buena noticia de que Dios nos ama a todos uno por uno y de que nosotros estamos llamados en primer lugar a hacer lo mismo. Y la palabra de Jesús nos pone sobre aviso acerca del inmenso peligro en que nos ponemos de absolutizar lo que sólo es relativo, y de olvidar que no hay nada más absoluto que Dios y que cada ser humano.

## **DOMINGO 10 - B**

Gn 3,9-15; 2 Co 4,13-5,1; Mc 3,20-35

El evangelio de hoy día nos presenta a Jesús acusado. Los maestros de la Ley lo acusan de endemoniado; sus parientes, de loco.

Jesús rebate la primera acusación con una pregunta de sentido común: "¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás?" y acto seguido condena de manera temible a sus acusadores, diciéndoles, que están incurriendo en el pecado irremisible al atribuirle al espíritu demoníaco, impuro y turbador, la actividad de Jesús, en la cual se despliega manifiestamente la fuerza invisible de Dios, salvadora y santificadora. Se trata, pues, de un pecado contra la luz, del rechazo de la fuerza de donde podría brotar el perdón para quien así peca.

Más interesante es la acusación contra Jesús de su parentela: "Está loco"; literalmente, "está fuera de sí". Esta acusación significa que Jesús se estaba saliendo de los moldes que *ellos* le habían fijado, de acuerdo con sus parámetros, sus previsiones, sus equilibrios, sus costumbres. Y la reacción de Jesús es de reivindicar su libertad plena, en la cual se despliega la fuerza "recreadora" de Dios que busca echar las bases de la nueva humanidad. Cuando le dan aviso a Jesús, él se limita a preguntar: "¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?" El ya está en otro plano, donde desaparecen los "derechos adquiridos" y donde se dan nuevas posibilidades más allá de los moldes naturales. Ser "madre y hermanos" de Jesús ya no es una cosa cerrada y limitada, exclusiva y excluyente, investida de pretendidos "derechos" sobre Jesús. Todos pueden serlo. De esta nueva familia, por cierto, no están excluidos los parientes según la carne (cf. Hch 1,14). Pero también ellos deben entrar "haciendo la voluntad de Dios", entrando en el

"proyecto de Dios" asumido por Jesús, y no sólo "preocupándose del equilibrio" del mismo Jesús (medido con sus metros...).

El " estar fuera de sí" debería ser una característica de todo cristiano. Un cristiano *debe* tener el centro de su vida fuera de sí, y ser un "excéntrico". El dinamismo del amor tiende a sacarnos de nosotros mismos, al llevarnos a amar a nuestro prójimo en cuanto otro, en cuanto diferente de nosotros.

Y también tenemos que compartir con Jesús la acusación que se nos haga de excéntricos, ya que vivir el Evangelio y seguir a Jesús debe llevarnos a actuar "a contrapelo" de nuestro ambiente, incluso de nuestra familia. Aceptar el seguir a Jesús no puede dejar de conllevar el ir contra los cálculos, las prudencias, los miedos, las diplomacias, las hipocresías, las tácticas humanas. El santo Cura de Ars denunciaba a quienes querían seguir a Cristo "sin perder la cabeza". Los cristianos tendríamos que preocuparnos más de ser fieles a Cristo que al manual de Carreño, aunque "lo cortés no quite lo valiente, ni lo valiente lo cortés". Tenemos que ser conscientes del peligro que nos acecha de reducir el cristianismo a un conjunto de "buenas maneras".

Dice bien un autor: "Debemos convencernos de que sólo los locos nos salvarán. O sea aquellos que destruyen las falsas armonías, que no aceptan las acomodaciones bien montadas... El loco por Cristo no está apartado, se mezcla con la gente, frecuenta el mercado, se mete entre los pies de todos. Pero, al mismo tiempo, resulta inasible, imprevisible, incontrolable, insólito, no programable".

Si nos encontramos con uno de estos locos (que después serán llamados santos), por lo menos no tratemos de "hacerlos entrar en vereda" y dejémonos interpelar por ellos, como el Jesús del evangelio de hoy.

## **DOMINGO 11 - B**

Ez 17,22-24; 2 Co 5,6-10; Mc 4,26-34

### **1. El método parabólico.**

Jesús recurrió a parábolas para invitar a auditores no simpatizantes con su ministerio a ver la realidad con otros ojos y a cambiar sus actitudes existenciales: es decir, a compartir la visión y las actitudes del mismo Jesús. Y la gracia de las parábolas está en que esa invitación saca su fuerza de la reflexión que esos auditores están en situación de hacer sobre hechos que se ofrecen a su propia experiencia. Habitualmente, Jesús toma como principio comportamientos humanos, en los que se ofrece una base para comprender conductas y actitudes del mismo Jesús, y en última instancia de Dios. ( El hijo pródigo, La oveja perdida, La viuda y el juez, etc., etc.). Pero también recurre a los procesos que se dan en la naturaleza. En ambos casos, Jesús muestra una maravillosa capacidad para hacernos mirar con nuevos ojos realidades cotidianas y de común ocurrencia. Para comprender bien las parábolas de Jesús necesitamos saber cuáles eran las reticencias que les impedían a tantos judíos contemporáneos - y sobre todo a los más doctos: los "escribas y fariseos" - aceptar el "proyecto" de Jesús. Sin duda alguna, la más fuerte de todas era la convicción de que el reino de Dios tendría que hacerse presente de manera espectacular y teatral, y en todo caso en una forma diferente a la que caracterizaba el ministerio humanamente "insignificante" y sin brillo de Jesús, un maestro sin títulos y rodeado de gente sin importancia y más bien despreciable. A deshacer esta percepción de las cosas se ordenan justamente las dos parábolas de hoy.

## 2. Las parábolas de hoy.

La primera destaca dos cosas: a) que la germinación de la semilla es un fenómeno seguro y "automático" una vez que se ha hecho la siembra, de tal modo que el agricultor puede ausentarse sin problemas, y b) que esa germinación es prácticamente imperceptible, lo que no impide que llegue el tiempo de la siega.

La segunda destaca el contraste entre la pequeñez del grano inicial y la grandeza de la planta final, con el detalle de que, en cierto modo, lo grande estaba en lo chico. Y esta parábola destaca también que la opción por la planta tiene que tomarse frente a la semilla: sin "fe" en la semilla no habrá planta, y esa "fe" tiene que llegar hasta el extremo de aceptar su desaparición y su muerte: ¡hay que enterrarla y esperar!

## 3. Su sentido.

Con estas parábolas, Jesús quería hacer pensar en la "posibilidad" de que el reino de Dios estuviera haciéndose presente de manera seminal en la insignificancia y en la pequeñez humana de su ministerio. Y así, discretamente, invitaba al "riesgo de la fe" en él.

## 4. Lecciones permanentes.

- a) Tener ojos para ver y valorar lo pequeño. Peligro de encandilarnos con lo gigantesco y colosal. Lo más importante queda inadvertido para los "carneles".
- b) Darnos cuenta de cuáles son los medios que se pueden usar para el crecimiento del Reino de Dios. Medios inadecuados corrompen los objetivos.

## DOMINGO 11 -B

Ez 17,22-24; 2 Co 5,6-10; Mc 4,26-34

Su "Evangelio", su buena noticia, la expresó Jesús mediante una imagen que tenía gran vigencia en el mundo al que él pertenecía: esa imagen era la de Dios tomando las riendas del poder sobre su pueblo en calidad de "Rey". Se trataba de una imagen muy dinámica, muy entusiasmante y movilizadora, pero también de una imagen polivalente que podía recibir contenidos concretos muy diversos según fuera la "escala de valores" propia y característica de cada una de las "familias" espirituales que se daban al interior del judaísmo palestinese del siglo I.

Gran parte de la predicación de Jesús estuvo destinada a clarificar el tema de la esperanza puesta en el "Reino de Dios". Jesús comienza por distinguir dos dimensiones de esta realidad, que en castellano se expresan incluso con dos términos diferentes: "Reino" como el "territorio" o espacio donde un rey puede desplegar su autoridad real, y "reinado" como el *tiempo* en que la ejerce; es claro que si se habla de "entrar en", se trata del "Reino", y que si se habla de "venir", se trata del "reinado". ("Venga tu reinado" significa "ven a reinar"). Por desgracia la traducción castellana no es fiel al sentido del texto.

Y cuando se trata del *reinado* de Dios, (que es la dimensión que más le importa a Jesús), Jesús se esmera ante todo en insistir que esa presencia activa de Dios como rey en el curso de la historia humana, no tiene nada que ver con despliegues espectaculares de poderes maravillosos, sino que se desenvuelve con una discreción que resulta difícil de percibir y que va preparando discretamente la plenitud final. Este es justamente el contenido de las dos parábolas que nos presenta el Evangelio de hoy: la de la simiente que va creciendo en forma

imperceptible hasta que llega el momento de la siega, y la de la pequeña semilla de mostaza que después de un largo proceso casi invisible, llega a tener un follaje tan considerable que los pájaros pueden cobijarse y anidar en sus ramas.

El énfasis puesto por Jesús a través de estas dos parábolas sigue siendo importante para nosotros hoy. Con frecuencia tendemos a valorar nuestra vida a partir de sus dimensiones visibles e inmediatas. Nos olvidamos de que "el reloj de Dios" tiene otro ritmo que el nuestro. En momentos de dificultades o crisis serias nos sentimos inclinados a quejarnos de Dios, casi echándole en cara que no tome en cuenta lo que por él hayamos podido hacer a través de toda una vida, y con la misma mentalidad, cuando a alguien le va mal no es raro que lo veamos como "castigo de Dios".

Tenemos que pedirle a Dios que no nos deje darle lugar en nuestra vida a una mentalidad "mercantilista". Nuestra adhesión a él jamás podemos condicionarla a la obtención de beneficios temporales. Tenemos que vivir en todas sus dimensiones nuestra fe en el amor gratuito que Dios nos tiene: amor que puede hacerse presente en situaciones dolorosas que nos cuesta a veces reconocer como parte de esa semilla que va creciendo en nosotros.

## **DOMINGO 12 - B**

Jb 38,1.8-11; 2 Co 5,14-17; Mc 4,35-40

### **Del miedo al asombro**

Hay momentos y situaciones en la vida que los hacen palpar nuestra debilidad e incompetencia. Son como tempestades y terremotos que sacuden nuestras seguridades y que despiertan en nosotros esa especie de vértigo incontrolable que llamamos "miedo". Es normal que esto nos suceda y es también normal que en tales momentos nos acordemos de Dios. Pero, justamente por la profundidad existencial de la situación que nos afecta, es entonces cuando emerge en toda su verdad la imagen que tenemos de Dios. Y si le reprochamos a Dios que está dormido, es decir, que se desentiende de los problemas que nos agobian, o que no tiene la capacidad de librarnos de ellos, quiere decir que el que llamamos "Dios" no es el Dios verdadero, el Dios de la fe cristiana. Porque se despoja a Dios de lo que lo hace Dios, cuando pensamos que él está obligado a intervenir cuando y como nosotros se lo exigimos. Dios es Dios por su absoluta trascendencia y por su incondicionable libertad, y todo recurso nuestro a él es ilegítimo si no va acompañado de la cláusula "Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". Un Dios obligado a darnos cuenta de sus negativas o de sus retardos no sería Dios, sino un ídolo hecho a nuestra imagen y semejanza.

Así es que las situaciones que nos hacen sentir "miedo" pueden dejar al desnudo nuestra "falta de fe", pero son por lo mismo un desafío a dar esa especie de "salto al vacío" que es la fe, consistente en "dejar que Dios sea Dios". Por la fe pasamos del miedo a lo incontrolable hacia la entrega confiada a la libertad también incontrolable del Dios de Gracia. En la fe no se niega nuestra propia debilidad e impotencia, al contrario, se la reconoce y acepta en toda su magnitud, y sin ella no se puede desplegar en nosotros la fuerza salvadora de Dios. "Cuando soy débil entonces soy fuerte" decía san Pablo, porque - añadía- "es en la debilidad (humana) donde se despliega la fuerza (de Dios)" (2Cor 12,9).

Este "salto" de la fe supone alguna "experiencia de la Gracia"; es decir, supone el reconocimiento asombrado de que Dios ha actuado de pronto - hoy o ayer - de una manera inesperada e inimaginable, superando y rompiendo las categorías de lo merecido y cuestionando nuestros esquemas conceptuales. Del miedo se pasa a la fe a través del asombro,

y todo crecimiento en la fe supone que no se ha perdido la capacidad de asombro ante la irrupción de la inagotable novedad de Dios.

Entre "las cosas viejas" que la fe ve como "pasadas", están nuestros miedos, porque la fe permite que "el amor que Cristo nos tiene domine toda nuestra vida"; y esto nos convierte en "personas nuevas" (o "nuevas creaturas"), en la medida en que renunciamos a la pretensión de que nuestra fe nos de seguridades controlables por nosotros mismos. Lo "nuevo" del futuro de Dios incluye siempre el riesgo inherente a todo lo desconocido. No hay nada humanamente seguro sino lo ya conocido, es decir lo pasado. La búsqueda de seguridades nos ancla en el pasado y nos impide entrar en "lo que Dios tiene preparado para los que lo aman", que es "lo que ojo no vio ni oído oyó ni llegó al pensamiento de hombre alguno" (1Cor 2,9).

El miedo es miedo al futuro; la fe es osadía para entrar en el futuro como ámbito propio del Dios de la Gracia que actúa de manera asombrosa e imprevisible.

## **DOMINGO 12 - B**

Jb 38,1.8-11; 2 Co 5,14-17; Mc 4,35-40

Creo que el "centro de interés" del evangelio de hoy se encuentra en las preguntas de Jesús a los discípulos: "¿Por qué tanto miedo? ¿Todavía no tienen fe?" Estas preguntas implican una oposición entre "miedo" y "fe", como actitudes incompatibles e inconciliables.

Si bien se piensa, el miedo está siempre determinado por la perspectiva de la muerte amenazante. Por otra parte, la fe nos abre la perspectiva de la "vida eterna". Y el paso del miedo a la fe se da por el descubrimiento de Cristo, el crucificado resucitado, que al resucitar venció a la muerte quitándole su carácter de evento definitivo e irremediable. En la escena del evangelio se simboliza el misterio de Cristo muerto y resucitado, al presentarlo primero "dormido", por cansancio y debilidad, y luego "puesto de pie" mostrando su señorío sobre los elementos cósmicos.

La fe, por cierto, no elimina el miedo en cuanto reacción instintiva (el propio Jesús lo experimentó en Getsemaní); pero sí impide que éste sea una actitud existencial dominante que nos haga percibir la realidad como absurda por la perspectiva de la muerte, y que nos obligue a "divertirnos" (cf. Pascal) en mil trivialidades que mantienen lejos de nuestra conciencia esa tremenda perspectiva. Y en las situaciones que hacen emerger nuestro miedo instintivo (un terremoto, un incendio, un choque o una enfermedad) es normal que nos acordemos de Dios y clamemos a él con una petición. Sólo que nuestra petición tiene que salvaguardar la libertad insobornable de Dios, quien puede permitir nuestra muerte para, a través de ella, llevarnos a la vida eterna. El "miedo, el "temor" y la "angustia" que Jesús experimentó en Getsemaní, lo llevó a pedirle a Dios, su "Abbá", que lo liberara de esa hora, pero aceptando que Dios actuara según su voluntad, por más dura que le resultara.

La actitud de fe - de una fe centrada en Jesús crucificado y resucitado - por lo mismo que relega nuestro miedo a una pura reacción instintiva, sin dejarlo dominar y determinar sustancialmente nuestra existencia, hace de nosotros "nuevas creaturas", renueva el núcleo más hondo de nuestra existencia personal. Como dice san Pablo, en la 2ª Lectura de hoy, "el que está unido a Cristo es una nueva persona" y estar unido a Cristo es dejar que " el amor que Cristo nos tiene domine toda nuestra vida"; es aceptar que, de veras, la muerte de Cristo nos libera de la fatalidad de una muerte como último destino, que es lo que significa en último término la fórmula de fe "Cristo murió por todos nosotros". Y esta fe desemboca o se traduce en una nueva forma de encarar nuestra vida presente y mortal: "Realmente por todos murió

Cristo, para que los que vivan en él ya no vivan para sí mismos, sino para él, que murió y resucitó por ellos".

"Vivir no para sí mismo sino para Cristo" implica que seamos capaces de despreocuparnos de buscar ansiosamente nuestras "seguridades", y capaces, por lo mismo, de acoger sin miedos las novedades que nos va aportando el siempre impredecible "futuro de Dios". "Vivir no para nosotros mismos sino para el Cristo que murió y resucitó por nosotros", significa encarnar en hechos la convicción de que el verdadero vivir es desvivirse por ese Jesús que sigue siendo crucificado en todos los que sufren, y no vivir centrados en nosotros mismos.

### **DOMINGO 13 - B**

Sb 1,13-15;2,23-25; 2 Co 8,7-9.13-15; Mc 5,21-43

El Evangelio y la 1ª Lectura nos plantean el tema de la vida y de la muerte. Dimensiones estructurantes de la existencia humana consciente, no pueden ser ellas enfocadas ni comprendidas más que en su mutua relación. Esto se nos olvida con frecuencia, y no siempre tenemos presente que el sentido de la vida depende del sentido que le atribuimos a la muerte: si la muerte humana no tiene sentido, no puede tenerlo la vida humana. Si la muerte humana es sólo la cesación de un proceso biológico, la vida humana queda también reducida a sus dimensiones fisiológicas. Pero si tenemos la evidencia de que la vida humana trasciende lo permanente biológico y tiene acceso a valores absolutos y a opciones basadas en ellos, entonces la muerte humana - vista como la extinción total del ser humano - adquiere una dimensión existencial de mucho mayor alcance que un hecho biológico, por cuanto obliga a darle a la vida propiamente humana el carácter de una ilusión frustrante, de un absurdo sin sentido.

La fe cristiana, que le reconoce a la vida humana un valor verdaderamente divino por ver en el hombre un ser hecho para Dios, no puede reconocerle a la muerte biológica el carácter de "fin y acabamiento" de la vida humana. La posibilidad de comunión con Dios conlleva la capacidad de una "prolongación eterna" de esa comunión, ya que Dios es más fuerte que la muerte. Esto hace que la muerte biológica sea vista sólo como un "episodio temporal", como un "dormirse" momentáneo. Y eso hace también que sólo pueda considerarse como verdadera muerte humana esa "muerte eterna" que consiste en el rechazo libre y consciente de Dios como fuente de la verdadera vida. La "muerte corporal" - por dolorosa que sea - nos llama a darle a nuestra fe su dimensión de esperanza

Los cristianos estamos hoy en peligro de dejarnos impregnar por ciertas tendencias de nuestra cultura ambiente, que tienen su raíz en una visión de la muerte como un mal imparible y sin sentido y que llevan a adoptar frente a ella posturas como la de no llamarla por su nombre, o hablar de "parques" y no de "cementeros" o de procurar que cada uno llegue a la muerte con la menor conciencia posible de que se va a morir. Creo que tenemos que reivindicar como uno de los derechos humanos el de "vivir nuestra muerte" como acto supremo de nuestra vida.

Pero nuestra cultura, que se niega a mirar de frente la realidad de la muerte, desarrolla terribles fuerzas de muerte, a las que tenemos que oponernos y de las cuales debemos también defendernos. Todo el mundo reconoce como malas algunas fuerzas de muerte: la guerra, la delincuencia criminal, el terrorismo, la tortura, quizá incluso la droga, pero nuestra cultura tiende a fomentar deliberadamente otros atentados contra la dignidad de toda vida humana, como son el aborto o la eutanasia.

Pero hay otra fuerza de muerte que fácilmente no reconocemos como tal, con ser la que mayor número de víctimas cobra: el hambre que ha causado más muertes en el s. XX que todas las guerras y crímenes que en él han tenido lugar. Y de esta terrible realidad que es el hambre, la causa es una sola: la desigualdad monstruosa en la distribución de los bienes de la tierra. Es demasiado evidente que una igualdad rigurosa es imposible. Pero es más evidente todavía que hay niveles de desigualdad que resultan ofensivos si es que la justicia es algo más que una palabra.

Contra esta fuerza de muerte que es el hambre, con su raíz de desigualdades inicuas, tenemos los cristianos que luchar con el arma de la solidaridad, que es el tema de la 2ª Lectura. La solidaridad es la traducción concreta de la conciencia que tenemos de la dignidad de la vida humana, que es idéntica en todos los seres humanos. Esta conciencia, en los cristianos, es la de la real fraternidad que nos vincula con todos los que han sido dotados por el Padre Dios de la dignidad de hijos suyos, al igual que nosotros. El Papa Juan Pablo II en sus escritos señalaba que la "misericordia" brota de la indignación de ver la dignidad humana en una situación indigna, y es esa la actitud que más nos asemeja a Dios.

### **DOMINGO 14 - B**

Ez 2,2-5; 2 Co 12,7-10; Mc 6,1-6

El Evangelio nos presenta a Jesús desconocido como mensajero de Dios en su patria, Nazaret. En la 1ª Lectura, Ezequiel nos dice que ha sido una constante en Israel, que los profetas sean objeto de incredulidad y de rechazo. San Esteban les va a poder decir a los senadores judíos: "¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?" (Hch 7,52)

No hay duda alguna que la razón de esta oposición radica en "el contraste entre las aspiraciones inmediatas de la gente y el término lejano hacia el que Dios los quiere llevar" (L.Monloubou). En concreto, a Ezequiel le tocó actuar en el período de una enorme y profunda "mutación" del pueblo de Dios. Ante el derrumbe de la monarquía y la pérdida de la independencia nacional, había que encarar una nueva modalidad de existencia de ese pueblo de Dios: como una comunidad desprovista de poder político y sometida a la dominación extranjera, pero entregada al cumplimiento de la voluntad de Dios y al culto divino. Como dice un autor "ninguna generación de hombres acepta con alegría de corazón estas grandes migraciones interiores que llevan a los grupos humanos, al precio de costosas renunciadas, a las nuevas formas reclamadas por el tiempo" (L. Monboulou). De ahí la oposición a los profetas. Y el papel de éstos según Ezequiel, no es el de tener una eficacia inmediata. Lo esencial del profeta es que haya estado presente y haya dejado clavado su mensaje. El recuerdo de esta presencia impertinente y rechazada será un testimonio de "la seriedad de un designio sobre el hombre, distinto del destino al que todo el mundo está acostumbrado" (Id.) La eficacia del profeta es a largo plazo. El judaísmo post-exílico fue la reivindicación de Ezequiel.

El episodio del rechazo de Jesús en Nazaret, su patria, nos revela cuáles son los pretextos que encubren las razones más profundas de la incredulidad frente a su actuación mesiánica ("sabiduría" y "milagros"). Lo que se invoca para echar una sombra de sospecha sobre el origen de esa sabiduría y de esos milagros, es la experiencia pasada que "situaba" a Jesús en un papel oscuro y ordinario: el de un carpintero "definido" en sus posibilidades por su parentela aldeana. Jesús no podía ser más que lo que él había sido y que lo que eran sus parientes. Hay, sin duda, mucho de envidia y de resentimiento en esa actitud, pero es igualmente claro que tal actitud sirve para disimular la negativa o resistencia a entrar en las

perspectivas trastornadoras del "status quo" planteadas por Jesús en la sinagoga de Nazaret según san Lucas (Lc 4,16-22).

Pero el rechazo de Jesús en Nazaret - símbolo y preludio del rechazo que lo llevaría a la cruz - mostrará en el largo plazo su eficacia, cuando, en la evangelización de los gentiles, la incredulidad de Israel adquiera el carácter de una advertencia profética (Rom 11,17-22)

Retengamos que la Palabra de Dios nos va a llegar siempre a través de hombres pertenecientes a un medio o ambiente determinado, semejante al de los demás hombres de ese ambiente; que siempre nos va a ser posible rechazarla con uno u otro pretexto; que ella siempre nos va a perturbar y a "desestabilizar" de nuestro presente determinado por nuestro pasado para llevarnos a un futuro diferente; que el designio de Dios, transmitido por esa Palabra se va a cumplir con o sin nosotros, pero que se nos invita a sumarnos a él. Por eso es que la palabra profética es decisiva para el sentido de nuestras vidas. Estamos llamados a aportar a la insignificancia de la semilla de mostaza.

### **DOMINGO 14 - B**

Ez 2,2-5; 2 Co 12,7-10; Mc 6,1-6

Hace unos domingos, Jesús nos planteaba, a través de parábolas, que la Palabra de Dios posee una fuerza intrínseca, semejante a la de una semilla.

Hoy se nos muestra cuál es la condición de la Palabra de Dios en el mundo humano, subrayando que se presenta como una palabra indefensa y desarmada, y que, su eficacia en el largo plazo suele ir precedida por su rechazo escéptico y despreciativo. El Evangelio nos presenta a Jesús desconocido como mensajero de Dios en su patria, Nazaret, y en la 1ª Lectura se le dice a Ezequiel que ha sido una constante en la historia de Israel, el que los profetas fueran acogidos con incredulidad contumaz.

Creo que esto nos invita a reflexionar sobre lo que significa que siempre la Palabra de Dios llegue a través de hombres condicionados por la cultura de su mundo y por su coyuntura histórico - social, y a los cuales Dios no los exime de su fragilidad sino que, más bien, se les hace mayor al imponerles una carga y una responsabilidad suplementarias. ¡Ver san Pablo en la 2ª Lectura!. Esto hace que, aunque sea una Palabra portadora de un designio salvador, que se cumplirá con o sin nosotros, pero que nos invita a sumarnos a él, sea siempre posible no hacerle caso, invocando - entre otras cosas - las limitaciones de quienes la proclaman. Y hay que subrayar que el rechazo del mensaje que ellos proclaman significa para ellos incomprendimientos, acusaciones y hasta persecuciones, que los pueden sumir en momentos de depresión y de desesperanza.

Pero la razón de fondo del rechazo de la Palabra de Dios planteada por hombres como nosotros, es que esta Palabra cuando es verdadera y genuina, es una Palabra que viene a sacudir tranquilidades; una Palabra que juzga y condena criterios imperantes; una Palabra que no se acomoda, y que por eso resulta "incómoda", irritante, sospechosa; una Palabra que quiere introducirnos en un futuro distinto que nos asusta y nos desestabiliza.

Pero esa Palabra de Dios, cuando es auténtica, sabe llegar al corazón, donde deja clavada una lanceta de la que la conciencia no logra deshacerse del todo, por lo que a la larga esa Palabra desechada con ira y agresividad se va a abrir camino y llegará a mostrarse eficaz.

Cuando se buscan las raíces de la renovación y revitalización del catolicismo traídas por el Concilio, uno se encuentra inevitablemente con los nombres de Newman, Lagrange, Casel, Guardini, Maritain, de Lubac, Daniélou, Teilhard de Chardin, Chenu, Congar, von Balthasar, y otros, que, todos, se vieron rodeados de suspicacias y delaciones, y hasta privados de sus

cátedras. Unos, como Daniélou, de Lubac, Congar y von Balthasar, alcanzaron a verse rehabilitados en vida con la púrpura cardenalicia; a otros como Newman y Lagrange, después de su muerte, se les ha abierto proceso de beatificación, y, sin ir más lejos, entre nosotros, el P. Hurtado fue objeto en su vida de sospechas, denuncias y descalificaciones, y vemos hoy el fruto de su acción.

¿Cómo reconocer como Palabra de Dios la que nos proponen estos hombres que nos inquietan y desconciertan? No es fácil tarea, por cierto, y se requiere un discernimiento clarividente. Paradójicamente, una presunción favorable la constituye el carácter discreto, humilde, no impositivo del mensaje. Y en ese discernimiento es más importante que la ponderación de criterios objetivos la honestidad de reconocer si estamos en una disposición espiritual de apertura y desapego o si pesan indebidamente en nosotros nuestros intereses, nuestras rutinas o nuestros miedos. Lo decisivo está en poder decir como Newman: "No he pecado contra la luz".

### **DOMINGO 15 - B**

Am 7,12-15; Ef 1,3-14; Mc 6,7-13

El evangelio de hoy nos muestra a Jesús enviando a sus discípulos a hacer lo mismo que él hacía.

Para ayudarnos a comprender el evangelio la Liturgia nos propone el episodio de Amós en el santuario de Betel. De él sacamos cómo el llamamiento de Dios cambió radicalmente una vida a la que nada preparaba para la tarea que se le asignó. Este llamamiento, que saca al hombre inesperadamente de los horizontes dentro de los cuales situaba su proyecto de vida, lo convierte en testigo asombrado de una realidad que lo sobrepasa. El hombre llamado y enviado por Dios tiene que renunciar a sus proyectos y a sus criterios, adaptarse a estilos y parámetros que le pueden resultar incomprensibles y costosos, y exponerse a oposiciones no deseadas o imprevistas. Pero es claro, también, que recibe de Dios, junto con la misión, un coraje que le da una impensada intrepidez, y todo esto tiene aplicación en el caso de los Doce discípulos enviados por el Señor.

Aquí vale la pena detenernos un instante a considerar el hecho de que Jesús haya querido hacer participar a sus discípulos en el desempeño de su propia misión. Sin duda, en la raíz de esta decisión está la naturaleza misma de ese "reinado de Dios" que él debía presentar como una posibilidad ofrecida a su pueblo en lo inmediato, anunciando la buena noticia de que "estaba cerca", al alcance de la mano. Esta "cercanía" se hacía patente en el despliegue de la fuerza salvadora de Dios como vencedora de las múltiples fuerzas del mal y en la vigencia de los criterios de Dios. Y esto se mostraba en la existencia de una comunidad penetrada de esa fuerza y de estos criterios. De ahí la constitución del grupo de "los Doce" y su envío "de dos en dos".

Es muy significativo el énfasis que pone Jesús en que sus enviados se muestren pobres y desinteresados. Estas actitudes revelan por sí mismas, sin palabras, lo más entrañable de la buena noticia que Jesús quiere difundir por medio de sus discípulos: Dios se nos quiere entregar con todas las riquezas de su ser y de su amor, y su irrupción desvaloriza todos los bienes que suelen parecerse necesarios para la "seguridad" de nuestra vida. Ver a los discípulos de Jesús pobres y desinteresados invita a "convertirse", a cambiar el sentido global de la existencia en función de la sobreabundancia del amor de Dios que se nos ofrece aquí y ahora como nueva base de la vida y que nos mueve a "buscar antes que nada el reinado de Dios", seguros de que "todo lo demás se nos dará por añadidura". Si la conversión es pasar a

tener a Dios como único "Dueño" o "Amo", dejando de ser "servidores de Mamón", es muy difícil que sea creíble el llamado a conversión hecho por quienes no confían plenamente en el Amor de Dios y que buscan seguridades humanas para enfrentar sin miedos el futuro. El signo más claro e inequívoco del descubrimiento de Dios es el gozoso desprendimiento de todo lo que no es El y su Gracia (ver Mt 13,44; Flp 3,7-10).

## **DOMINGO 16 - B**

Jr 23,1-6; Ef 2,13-18; Mc 6,30-34

Las dos primeras lecturas concuerdan en presentarnos el estado de dispersión o alejamiento como situación de perdición y de muerte. Jeremías se refiere al cisma que separó en dos Reinos opuestos, a Judá (en el Sur) y a Israel (en el Norte): cisma que facilitó el destierro de sus habitantes por los Asirios (que acabaron con el Reino del Norte) y por los Babilonios (que acabaron con el reino del Sur). San Pablo se refiere al alejamiento que separaba a los Judíos de los demás pueblos y que los hacía mirarse mutuamente con enemistad. Para Jeremías, la reunión y salvación sería obra de un rey descendiente de David, durante cuyo reinado Judá estaría a salvo y también Israel viviría seguro. Para san Pablo, fue Jesús quien, con su muerte, acercó a los que estaban lejos y estableció la paz haciendo de ambos - judíos y no judíos - un solo pueblo; más aún, un solo cuerpo, con lo que podemos acercarnos juntos al Padre en un mismo espíritu.

Todo esto significa que, tanto para Jeremías como para san Pablo, la salvación, la verdadera vida, sólo se da, o sólo consiste, en la plena vigencia de la comunión con los demás (en especial con aquellos que tendemos a mirar como rivales o ajenos a nosotros). Sólo la actitud de comunión elimina el egoísmo, individual o grupal, que nos empequeñece y a la larga nos destruye.

Factores de separación o exclusión, más allá del egoísmo instintivo y cobarde que nos retrae de los riesgos de la apertura a los demás, son, para Jeremías, la desidia de los pastores que se preocupan más de los intereses de la institucionalidad que de las personas llamadas a vivir en comunión, y para san Pablo, la actitud de superioridad y de privilegio con que los Judíos miraban su Ley y sus costumbres propias, y que constituía una barrera insalvable para los no judíos.

Para ambos, para Jeremías y para Pablo, la posibilidad de una reconciliación salvadora se encuentra en Cristo. Pero, mientras que Jeremías pensaba en un Mesías Rey, Pablo piensa en un Mesías sacerdote que se ofrece a sí mismo en sacrificio venciendo el egoísmo por su muerte en cruz.

El Evangelio difiere también de Jeremías, pero de una manera más simple que la expresada en la teología de Pablo. Nos presenta a Jesús, no como un Rey comparable con David, sino como un hermano cariñoso y un maestro cercano. Ante esa muchedumbre que era "como unas ovejas sin pastor", Jesús ante todo "siente compasión" y *por eso* "se pone a enseñarles con mucha dedicación". Esa "compasión" señala que la actuación de Jesús surge de su capacidad de ver, comprender y hacer suya la real situación de la gente, y no de una programación apriorística o de una compulsión fanática; y de esa "compasión" brota el "ponerse a enseñarles", porque sabe bien que el único remedio para que salgan de su soledad y desamparo es el ayudarlos a *comprender* cuál es el destino que corresponde a su dignidad.

También la Iglesia, para promover la comunión y solidaridad, debe privilegiar la evangelización de la sociedad por sobre la inmediata transformación del Estado. A ella le toca iluminar las conciencias movida por una sensibilidad muy aguda y dolorosa frente a la realidad,

sin resentimientos, nostalgias ni recriminaciones, "Enseñar con mucha dedicación" no es transmitir fórmulas ya hechas, sino ayudar a pensar la realidad a la luz de la Buena Nueva del amor que Dios le tiene a nuestro mundo.

## DOMINGO 16 - B

Jr 23,1-6; Ef 2,13-18; Mc 6,30-34

Como Uds. saben, la 1ª lectura está destinada a llamar la atención sobre algún rasgo que merece subrayarse en el trozo evangélico del día. Hoy es obvio que se quiere destacar la actitud de Jesús frente a una muchedumbre descrita como "ovejas sin pastor".

El trozo del profeta Jeremías contiene una denuncia de "los pastores que pierden y dispersan el rebaño" de Dios, y una promesa de suscitar "pastores que apacentarán las ovejas" y que harán que "no se eche de menos a ninguna". Y el Evangelio nos muestra a Jesús cumpliendo esta promesa mediante su "compasión" que lo llevó a "estar enseñándoles largo rato" (Más exactamente, "muchas cosas").

Jeremías concluía su oráculo con las siguientes palabras: "le suscitaré a David un germen justo, que reinará como rey prudente". El profeta sabía que los pastores que habían dispersado y perdido al pueblo de Israel habían sido los reyes, y se imaginaba que congregarlo y salvarlo sería una tarea que "el germen justo de David" llevaría a cabo actuando como "rey prudente" que hiciera "reinar la justicia y el derecho en el país". Jesús toma otro camino: no "dicta leyes" sino que se acerca a la muchedumbre y siente "compasión" por su falta de horizontes y perspectivas que le den una meta estimulante a su existencia colectiva; y por eso se pone a "enseñarles" porque sabe que más importante que las normativas legales es la "comprensión" del sentido de la vida. Sin esta comprensión de un *destino común* fundado en la común dignidad de personas que cada cual posee por igual, no puede darse esa *comunidad solidaria* que hace realmente humana la vida. Sin esta opción por la comunión solidaria, los hombres quedamos entregados a dos fuerzas instintivas divergentes: La del individualismo egoísta y la del gregarismo despersonalizante. La búsqueda de un bien exclusivo y no compartible muestra por sí misma que no puede tratarse de un bien que nos afecta en lo que es propiamente humano en nosotros. Y, por lo mismo, la búsqueda del bien verdaderamente humano tenemos que hacerla en comunión con los demás. Aquí radica el sentido de la Iglesia como "communio sanctorum". El proceso de mi comunión con Dios en Cristo es personal, en el sentido de que es libre e intransferible, pero no individual, el encuentro con Dios no me puede apartar de mis hermanos, tan amados por Dios como yo, sino que por el contrario tiene que traducirse en superación de las barreras instintivas que nos llevan a aislarnos o a separarnos en grupos excluyentes.

La dispersión y desunión equivalen pues a "perdición"; y la "salvación" no es posible más que en una comunión solidaria que brota de comprender la Paternidad de Dios, universal y no excluyente, que constituye el núcleo sustantivo de toda la enseñanza de Jesús.

La 2ª Lectura insiste fuertemente sobre la acción unificadora realizada por Cristo: acción unificadora que eliminó la barrera de enemistad que separaba al pueblo judío de los demás pueblos y que hizo posible la convivencia de ambos en el único Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. También para la Carta a los Efesios, el acceso a Dios tiene que llevarse a cabo en una comunión abierta a todos y no excluyente.

Pero san Pablo subraya que el pueblo judío poseedor de una incomparable riqueza religiosa, tuvo que aceptar que lo propiamente nacional y cultural dentro de ese tesoro espiritual tuviera que abolirse para que lo que tenía valor universal pudiera ser abrazado y

acogido por los pueblos de otras tradiciones culturales. También a nosotros nos puede pasar que sobrevaloremos lo que en nuestra manera de vivir la fe en Cristo sólo sea un vestigio de viejas rutinas o de rasgos culturales susceptibles de cambio o mutación. Y puede suceder que nuestros apegos, por ejemplo, a cierto tipo de música religiosa, estén retrayendo de la vida eclesial a sectores culturales que no tienen por qué renunciar a sus propios modos de expresión. Siempre los que más tienen, tienen más a qué renunciar.

Lo esencial es tener una mente "católica", es decir, universal, abierta, no excluyente, que no busque el bien humano por el camino de la imposición de lo propio, sino por la común comprensión del bien humano. El desafío para los cristianos es insoslayable.

## **DOMINGO 17 - B**

2 R 4,42-44; Ef 4,1-6; Jn 6,1-15

No se si se fijaron Uds. que el Evangelio de hoy está tomado de Juan, siendo que estamos en el "ciclo B" dedicado a Mc. Lo que pasa es que Marcos es demasiado corto, y su material no alcanza para cubrir todos los domingos del año. Y lo que ha hecho la Iglesia ha sido tomar el episodio de la multiplicación de los panes (que en Mc se encuentra a continuación del trozo leído el Dgo. pasado) como aparece en Juan y no como aparece en Marcos; y ello por una razón muy clara: en Jn. este episodio da pie al largo discurso de Jesús sobre el "Pan de Vida", al que se le va a dar lectura en los 4 Domingos siguientes (18-21), para retomar el relato de Mc. en el Domingo 22.

Es evidente que el episodio de la multiplicación de los panes se conservó en la tradición de la Iglesia primitiva sobre todo por su alcance eucarístico: nuestros primeros hermanos en la fe lo recordaban al celebrar la Cena del señor, para tomar conciencia de que Jesús es el que admite anticipadamente al "Banquete del Reino de Dios" de una manera ya prefigurada en la multiplicación del pan. Pero como va a ser el alcance eucarístico de este gesto o "signo" el que vamos a ir descubriendo en los cuatro domingos siguientes a partir del discurso sobre el "Pan de Vida", los invito a detenernos hoy sobre otros elementos del relato evangélico que hemos leído.

Ante todo hay que darle todo su valor a la preocupación de Jesús por el *hambre* de la gente y a su voluntad de ponerle remedio. El hambre real y material de nuestros hermanos no puede menos que interpelar a los seguidores de Jesús ¿Podemos mirar como un hecho "neutro" que no nos afecta la situación de hambre en nuestro mundo? ¡Hay por lo menos mil millones de personas para las cuales el hambre es una obsesión tan absorbente que - como decía Ganhdi, sólo pueden concebir a Dios con figura de pan! ¿Qué podemos hacer? Es evidente que no todo, pero es igualmente evidente que sí algo. Pero no haremos nada si no estamos íntimamente convencidos de que el hambre ajena constituye una interpelación para cada uno de los que no pasamos hambre.

En segundo lugar podemos fijarnos en que Jesús al tomar el pan y los peces, *da gracias a Dios*. La necesidad de comer es la manifestación más visible de lo contingente y frágil que es nuestra existencia; y, por eso, cuando nos es dado colmar esa necesidad, tendría que despertarse en nosotros la conciencia de que la raíz última de nuestro ser y de nuestra mantención está en la generosidad gratuita de Dios. Felizmente en muchas familias se está haciendo normal el dar gracias a Dios al sentarse a la mesa, recurriendo a las famosas fichas redondas de Miguel Ortega. En la medida en que ese gesto no se rutiniza, y en que hay siempre una verdadera toma de conciencia, esa oración pasa a ser una muy eficaz catequesis familiar de espíritu cristiano.

En tercer lugar destaquemos el gesto de Jesús de "*distribuir*". Si somos conscientes de que lo más importante que tenemos - la vida - es un regalo gratuito de Dios, nos sentimos movidos a compartir lo que tenemos como añadido a la vida, e incluso a ver nuestra vida misma como llamada a servir a los demás. Entrar al seguimiento de Jesús significa aceptar que lo que somos, tenemos, lo que sabemos, lo que podemos, todo, debe estar puesto al servicio de los menos favorecidos que nosotros. Toda sociedad tiene un sistema de distribución de los bienes para lograr una equidad que la justifique éticamente, tales "contribuciones" legales son el *mínimum* obligatorio de la actitud distributiva inherente al seguimiento de Jesús. Subrayo esto porque los niveles de evasión tributaria en nuestro país son muy altos, y esa evasión es éticamente injustificable. Nos preocupamos mucho de la "multiplicación" de la riqueza, pero es una "multiplicación" que debe complementarse con la "división".

Finalmente cabe señalar cómo *Jesús rehuyó a los que querían hacerlo rey* a raíz de su milagro. Cuando hacemos algún favor a otra persona, se nos abre la posibilidad de adquirir o ejercer cierto "poder" sobre ellas, o - si se quiere - de hacer que en ellas se cree una relación de dependencia respecto de nosotros. Y es muy fácil hacer uso de tal posibilidad. Pero la actitud de Jesús tiene que hacernos "desinteresados", en el buen sentido de la palabra. Tenemos que estar en guardia contra la tendencia instintiva a convertir a los demás en instrumentos para nuestra propia realización y satisfacción.

## **DOMINGO 18 - B**

Ex 16,2-4.12-15; Ef 4,17.20-24; Jn 6,24-35

El hambre y la sed son experiencias básicas de orden fisiológico que dan cuenta de nuestra fragilidad e indigencia. Son el mecanismo de alarma de nuestro organismo que reclama el alimento sin el cual la vida se acaba.

Instintivamente, y en todas partes, se traslada esta experiencia fisiológica al ámbito propiamente humano de lo existencial, de aquello que afecta al sentido de la vida en su totalidad. Nos damos cuenta de que también en ese nivel nuestra existencia es indigente y necesitada de un "alimento" externo sin el cual nuestra vida en cuanto humana se marchita, empobrece y finalmente se apaga. Y la calidad de nuestra existencia depende del alimento que deseamos y le damos, aunque también cabe decir que la índole de nuestra existencia se echa de ver a través de lo que le damos como alimento.

La esencia más profunda de la Buena Noticia proclamada por Jesús (y que debería ser evidente en la predicación o discurso de la Iglesia), es que Dios nos ha dado en Cristo la posibilidad y la fuente de una vida maravillosa ya en el presente y que, además, no es vencida ni siquiera por la muerte física. Ella sólo se logra "alimentándose de Cristo" (Ev.) o "revistiéndose de Cristo" (2ª Lect.): es decir, identificándose con sus sentimientos, actitudes, preferencias criterios (leer partes de la 2ª Lectura). Esto es lo que Jesús expresa al decir que "la obra que Dios quiere que Uds. hagan es que crean en aquel que él ha enviado". El comienzo indispensable de toda actitud cristiana es un momento de "pasividad", de "recibir o acoger" y no inmediatamente de "hacer" o de "obrar", y ello porque siempre es más importante y "anterior" lo que Dios ha hecho por nosotros que lo que nosotros hagamos por él. Las obras o acciones que no brotan de una fe que se abre para recibir y acoger, no logran enriquecernos ni mucho menos saciar las ansias profundas y las capacidades ocultas de nuestro ser. La grandeza del hombre está en que sólo la riqueza infinita de Dios puede colmarnos y satisfacernos. Y ¡cómo despilfarramos nuestra vida buscando llenarla de frivolidades, por no decir de estupideces!

Es importante señalar que, según el gran discurso de Jn (que comienza con la última frase del evangelio de hoy), Cristo es "pan de vida" ya antes de la Eucaristía. Incluso podemos decir que lo es en la Eucaristía solamente si se admite que la "comunión" que nos hace alimentarnos de él se da primera y fundamentalmente en la actitud interior de fe respecto de su persona, y que Cristo es "pan de vida" de muchas otras maneras (v.gr., en cualquiera de los sacramentos, en la Sagrada Escritura - el "Pan de la Palabra", - y en los pobres)

En cualquier caso, el camino de la fe no se identifica con el de la búsqueda de signos milagrosos o extraordinarios como solos o principales vehículos del amor que Dios nos tiene. Cristo es el que sabe hacerse presente de manera discreta y escondida, sin estridencias, y la fe consiste en reconocerlo y acogerlo en las formas que él determine, aunque a veces nos resulten dolorosas y crucificantes. Porque el único Cristo real es el "Crucificado resucitado" y es ilusorio querer poseer su vida resucitada sin unirnos a su crucifixión dolorosa e incomprensible.

### **DOMINGO 19 -B**

1 R 19,4-8; Ef 4,30-5,2; Jn 6 41-52

El Domingo pasado vimos que la imagen de Cristo como "pan de vida" significa que Dios nos ofrece la posibilidad de una vida plena, con tal de que nosotros nos alimentemos de él compartiendo (o asimilando) sus actitudes por medio de la fe.

Hoy ya aparece, en la última frase del Evangelio, el tema de Jesús como pan de vida en la Eucaristía. Antes de ahondar un poco más en este aspecto, recojamos la insinuación que nos viene en la 1ª Lectura: nuestro "pan de vida" tiene el carácter de "pan para el cansancio del camino". Creo que el más característico "cansancio del camino" es el desaliento o desánimo que surge no tanto del camino ya recorrido como del mucho camino que nos queda por recorrer; ese cansancio que no se debe al pasado, sino al rechazo del futuro, a la extinción de esa llamita que es la esperanza, la ilusión. Y pienso que Cristo es nuestro "pan para el cansancio del camino" por cuanto nos incita a la esperanza, nos hace conscientes de que lo decisivo para nuestra existencia no radica en nuestras propias fuerzas - que con razón nos parecen pocas y débiles - sino en el amor que Dios nos tiene, del que la prueba mayor está en la vida y más aún en la muerte del mismo Jesús.

Y esta reflexión nos lleva a la gran frase final del Evangelio de hoy, en que ya aparece la Eucaristía como la forma concreta en que Jesús es nuestro "pan de vida". Dice Jesús: "El pan que yo daré es mi propio cuerpo" y precisa que es su cuerpo que él "entregará por la vida del mundo". Estas palabras nos insinúan que él es pan de vida en cuanto la dinámica central de su existencia estuvo en "darse" en "entregarse" incluso hasta la muerte por la vida del mundo. Resulta así la paradoja de que la vida que quiere darnos nos exige ineludiblemente entrar en comunión con él en cuanto entregado a la muerte. Y esto con un realismo tremendo: se nos invita o se nos conmina - *a comer su cuerpo entregado a la muerte.*

Por consiguiente, nuestra celebración eucarística y nuestra comunión piden que tengamos una gran lucidez sobre las raíces y el sentido de la muerte de Jesús. Desde luego, celebramos la muerte de Jesús porque creemos en su resurrección; pero esto significa que reconocemos en su muerte la raíz de su resurrección, y así profesamos que participar en su muerte es la condición indispensable - prenda y garantía - de una participación en su vida. Por eso es importante tener presente que a Jesús lo mataron a causa de su mensaje y de su actuación; su muerte fue voluntaria en el sentido de que él fue intransigente en seguir adelante con el designio de su Padre, aunque le costara la vida. Esta actitud, nos dice S. Pablo (2ª

Lectura), tuvo el carácter de un "sacrificio...agradable a Dios". Lograr que nuestra actitud fundamental sea como la de Cristo, hace que su sacrificio sea también el nuestro. Si nuestra actitud es diferente, nos quedamos fuera del sacrificio de Cristo, que se hace presente de nuevo en la celebración eucarística.

Todo se resume en la frase final de la 2ª Lectura: "Condúzcanse con amor (superando los egoísmos), lo mismo que Cristo nos amó y se entregó para ser sacrificado por nosotros, como ofrenda y sacrificio de olor agradable a Dios".

## DOMINGO 20 - B

Pr 9,1-6; Ef 5,15-20; Jn 6,51-59

Llegados ya, en el Discurso del pan de Vida, al núcleo propiamente referido a la Eucaristía quisiera subrayar una dimensión de ella que nos puede pasar inadvertida al leer nuestro texto. Me refiero a la siguiente frase: "Yo vivo por el Padre que me ha enviado; de la misma manera el que se alimenta de mí vivirá por mí". Ustedes ven que se afirma una analogía en la relación que tienen el Hijo con el Padre que lo envió y el cristiano con el Cristo de que se alimenta en la Eucaristía. Y esa analogía está en el hecho de "*vivir por*": Jesús "por su Padre", el cristiano, "por Cristo".

Para comprender el sentido exacto de esta expresión, tenemos que recurrir a un giro español muy usado y conocido: tenemos que *desvivirnos* por Cristo, tal como Cristo *se desvivió* por su Padre. Se trata, en efecto, según la fuerza del texto griego, de la razón de ser y de vivir, de lo que motiva toda la actuación de alguien. La expresión la usamos con justeza cuando uno *se desgasta entero* por alguien o por algo, sin reservarse nada para sí mismo.

Tenemos que preguntarnos, entonces, antes que nada, cómo se desvivió Cristo por su Padre. Lo hizo viviendo totalmente en función de él: del advenimiento de su *reinado* y del cumplimiento de su voluntad, y - más profundamente - de que su *santidad* (o trascendencia) fuera siempre reconocida al *nombrarlo*. Nunca nada lo apartó de este rumbo, ni siquiera el temor y la angustia que experimentó frente a su muerte inminente.

Por consiguiente, para nosotros desvivirnos por Cristo significa vivir en función de su evangelio; es decir, buscar y encontrar en "los intereses de Jesús" el metro y el criterio de nuestras opciones; esforzarnos, por lo mismo, en buscar *sus* valores, *su* modo de ver la realidad del mundo y de la vida humana. Y todo ello, no sólo para transformar nuestra vida personal, sino también el mundo en que vivimos, convencidos de que Jesús puede aportarles a todos los hombres luces decisivas para el sentido de su actividad y de su vida entera, con sus gozos y dolores, con sus logros y frustraciones.

Descubrir las múltiples dimensiones del "desvivirse por Cristo" nos otorga esa "sabiduría de la vida" de que nos hablan las Lecturas 1ª y 2ª. Porque el tratar de "desvivirnos por Cristo" nos lleva a *comprender* la realidad en su sentido profundo, de tal modo que nuestra acción no podrá ser nunca el cumplimiento de una norma que no se ha interiorizado en nuestra inteligencia. El cristiano no puede estar a la altura de las exigencias del cristianismo si no es capaz de formarse un juicio reflexivo sobre lo que está en juego en las diversas situaciones que le toca vivir. Sin un discernimiento "prudente y sabio" nuestra praxis cristiana se "robotiza" y puede llevarnos a verdaderas aberraciones - e incluso hasta perversiones del Evangelio - por carecer de una bien comprendida "escala de valores" evangélica. Una conversión que no llega a la "inteligencia" en nosotros genera una caricatura de cristianismo.

Ustedes ven que comulgar sólo tiene sentido cuando nuestro afán más profundo es tener los ojos clavados en Cristo y su Evangelio. "lo cristiano" no puede ser un barniz o un

adorno, sino que tiene que afectar las fibras más profundas de nuestra existencia; nuestro corazón y nuestra inteligencia.

## DOMINGO 21 - B

Jos 24,1-2ª.15-17.18b; Ef 5,21 32; Jn 61-70

La existencia de cada ser humano se va definiendo y configurando a partir de "decisiones": unas más triviales, otras más importantes. Mientras más serias son nuestras decisiones, más profundos e inabarcables son sus motivos. Y son precisamente las situaciones originadas por este tipo de decisiones las que desembocan de pronto en una encrucijada que cuestiona la validez de la opción primera. Estas "crisis" son normales en la vida de profesionales, artistas, casados, religiosos y sacerdotes, y ellas son un desafío a abrazar con mayor hondura y lucidez la decisión a cuya carta jugamos en otro tiempo el destino de nuestra vida.

La opción de la fe está de suyo llamada a conocer a cierta altura de la vida este cuestionamiento radical, como lo han enseñado y experimentado los más grandes santos: Sto. Tomás, S. Juan de la Cruz, Sta. Teresita de Lisieux.. El P. Voillaume ha desarrollado este punto, hablando de "la segunda llamada". Cuando hemos tomado conciencia de la radicalidad de las exigencias de la fe y de su incompatibilidad con ciertos criterios y "valores" que tienen vigencia en el ambiente al que pertenecemos, es normal que se nos replantee la validez de nuestra opción cristiana. Lo importante es que en ese momento comprendamos que, más que ante una "tentación", estamos frente a Jesús que nos pregunta: "¿También *tú* quieres dejarme?". Es esencial, en otros términos, que sintamos que lo que está en juego no es una doctrina o una institución, sino nuestra relación con la persona de Jesús. Lo más entrañable de la fe se juega en torno a Jesús como persona. Las preguntas esenciales son: ¿Puedo o no puedo vivir sin Jesús, o alejado de él? ¿Tiene o no tiene sentido mi vida al margen de Jesús? Si estas preguntas ni siquiera nos parecen pertinentes, tenemos que reconocer que nuestra fe ya ha naufragado. Pero si las preguntas siguen para nosotros planteadas como las preguntas decisivas, la *fe* puede estar *presente* y viva, de manera oscura y dolorosa, justamente *en nuestra duda*. Si podemos decir como Pedro: "¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna", la fe sigue como una brasa encendida aunque de momento el "Tú eres el Santo de Dios" no se logre formular en nuestra mente o en nuestros labios.

Si es normal que nuestra fe entre en crisis, ello implica que tenemos que estar preparados para ello cultivándola, buscando que se haga cada vez más "comprensión" inteligente, y, sobre todo, cada vez más "experiencia", gracias a la oración personal y a la comunión eclesial.

La Eucaristía (punto inicial de la crisis de fe que nos presenta el Evangelio) es el sacramento de la relación personal con Jesús; en este sacramento somos invitados a interpretar el sentido de nuestra existencia en clave de donación y entrega como la de Jesús. Una Eucaristía practicada rutinariamente y sin conciencia del compromiso que exige, puede ir haciendo más lejano a Jesús y menos "necesario" para nuestra vida. En cambio una Eucaristía realmente iluminada y animada por la Liturgia de la Palabra, nos lo vuelve cercano, "aunque sea de noche" (S. Juan de la Cruz).

## DOMINGO 22 - B

Dt 4,1-2.6-8; St 1,17-18.21b-22.27; Mc 7,1-8ª.14-15.21-23

El conflicto entre Jesús y los fariseos atraviesa todo el evangelio. El trozo que acabamos de leer es uno de los más relevantes y significativos, y versa sobre la actitud que corresponde frente a la voluntad de Dios. La crítica de Jesús a los fariseos es doble: por una parte les reprocha darles mayor importancia a las tradiciones casuísticas que a la misma Ley como aparece formulada en la Biblia, y por otra, les reprocha darles mayor importancia a los detalles de la pureza exterior en cuestiones culturales que a la pureza del corazón. En el fondo de estos dos puntos hay una cuestión fundamental: ¿Cuál es la actitud adecuada frente a la Ley de Dios?, o - quizá mejor - ¿Cómo debemos comprenderla?

En la visión de los fariseos prevalecía la dimensión de "Código legal de su nación" que tenía esa Ley, y por lo mismo, su preocupación primera se situaba al nivel de su "cumplimiento" mediante una actuación que calzara exactamente con la letra de esa Ley; por consiguiente, se situaba la "perfección" en la precisión minuciosa de los detalles con que, según la tradición jurídica, debía verificarse ese cumplimiento.

El punto de partida de Jesús era muy diferente: a partir de su "sentido de Dios", juzgaba que la relación adecuada con la voluntad de Dios tenía que situarse ante todo en "el corazón" del hombre. Si las actitudes del corazón no están en sintonía con la voluntad de Dios, el que la actuación externa coincida con las formulaciones de las normas de esa Ley, no tiene sentido ni valor. Para Jesús era evidente, antes que nada, que ninguna legislación puede agotar las exigencias de la voluntad de Dios. Por eso, frente a la Ley, Jesús postula una actitud de "obediencia radical", que consiste en la coincidencia entre la raíz de la actuación humana (las intenciones y actuaciones del corazón) y la raíz de las normas consignadas en la Ley (los valores que ella quiere tutelar). Sin la comprensión de los valores que hacen de la Ley una "sabia" expresión de la "justicia" (1ª Lectura), todos los cumplimientos, por minuciosos o meticulosos que sean, son vacíos y engañosos. Por eso Jesús llama a ir siempre "más allá" y "más atrás" de la Ley, y nos invita a encontrar en la raíz de todas las normas que Dios nos da, el amor que Dios les tiene a todos los hombres y que lo lleva a prescribir el respeto por la dignidad y los derechos de cada ser humano y a buscar que exista entre todos ellos una verdadera y solidaria fraternidad (incluyendo expresamente a los más débiles y desvalidos, como nos lo recuerda la 2ª Lectura). Por eso, amar es cumplir la ley entera, y no al revés.

Cuando las cosas se miran de esta manera y a este nivel de profundidad religiosa, la preocupación por las formalidades externas resultan ridículas: más aún; idolátricas, en la medida en que equivale a una absolutización de *medios*, que pueden ser buenos y útiles, pero que, sobredimensionados, empequeñecen y empobrecen la existencia, porque la centran en algo que *no* es Dios mismo, único eje de una vida animada por Jesús y su evangelio.

## DOMINGO 23 - B

Is 35,4-7ª; St 2,1-5; Mc 7,31-37

La 1ª Lectura nos invita a ver en los milagros de Jesús, como el narrado en el Evangelio, la irrupción de la salvación escatológica destinada a renovar la creación caída, a traer de nuevo la mañana de la creación, como lo sugiere la alabanza de los espectadores del milagro: "Todo lo ha hecho bien", que evoca la conclusión del relato de la creación en el Génesis (1,31).

Por otra parte, debemos tomar conciencia de que las curaciones llevadas a cabo por Jesús se despliegan a favor de personas que, por el mal que padecían, se veían impedidos en forma permanente de participar en la "fiesta de la vida": leprosos, paralíticos, "lunáticos" sordomudos, mujeres con flujo de sangre. Todos éstos eran "excluidos" de la sociedad, igual que los "pobres" y "pecadores", objeto también de la preocupación prioritaria de Jesús. Esto nos deja ante la evidencia de que el "espíritu de Jesús" se caracterizó por su afán de "incluir a los excluidos" (No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores". "Hay más gozo en el cielo por un pecador que se convierte que por 99 justos que no necesitan conversión"). Jesús quiere a los hombres integrados en una comunidad fraternal no excluyente; quiere que la comunidad de sus discípulos sea una sociedad abierta, no cerrada.

Jesús quiere, más en concreto, que la comunidad de sus discípulos se caracterice por una *comunión fruto del diálogo* (como lo postuló Pablo VI en su Encíclica programática "Ecclesiam suam"). Y el diálogo supone saber oír y saber hablar. No puede haber una comunidad abierta formada por hombres "cerrados". "Ábrete", le dice Jesús al sordomudo de hoy, con una orden "dirigida al hombre..., no a sus órganos enfermos" (J.Gnilka). Esta "apertura" de la persona se traduce o expresa en la "apertura" de sus oídos y en la "liberación" de su lengua.

Sólo "oye" de veras el que no está apegado a sus propios puntos de vista que descalifique a priori al otro como posible portador de otros puntos de vista dignos de tomarse en cuenta. Y sólo sabe "hablar" bien el que, junto con la franqueza, posee la conciencia de que su aporte puede contribuir a la comunión en la medida en que, en el diálogo, pierda la inevitable unilateralidad de todas las perspectivas individuales; dicho de otro modo, sólo "habla" bien en la Iglesia quien respeta la dignidad, la capacidad y la función del interlocutor.

No hay nada más opuesto a la "comunión fruto del diálogo" que los prejuicios personales o grupales que nos "cierran" a la realidad: Pocos prejuicios son tan arraigados como los "prejuicios de clase": "Pobre pero honrado", se dice en ciertos barrios, mientras que en otros se dice "Rico pero de buen corazón". Lo único que puede vencer los prejuicios es el conocer las cosas como son. En este sector, necesitamos vencer los prejuicios de clase caricaturizados en la 2ª Lectura, y para ello es necesario tomar un conocimiento directo de la situación concreta en que viven los sectores más pobres de nuestra sociedad. Sólo cuando uno ha palpado cómo la enorme desigualdad económica acarrea desigualdades en los planos de la salud, de la cultura, de la calidad de vida, de la participación social, y cómo en esas condiciones hay personas que viven su fe con generosidad admirable, sólo entonces se nos hace evidente que distamos mucho de ser la comunidad querida por Jesús.

## **DOMINGO 24 - B**

Is 50,5-10; St 2,14-18; Mc 8,27-35

### **¿Quién dicen Uds. que soy yo?**

Esta es la pregunta esencial y permanente que Jesús les plantea a todos los hombres, sin excluírnos, por cierto, a los mismos cristianos. Para nosotros la pregunta es más decisiva todavía, porque ser cristiano no consiste en una adhesión al cristianismo, sino en una adhesión a la persona de Cristo: y por consiguiente la visión que de él tenemos es determinante de la autenticidad de nuestro cristianismo, pues es evidente que sólo es genuinamente cristiano quien se adhiere a Jesús compartiendo la visión que el propio Jesús tiene de sí mismo. Y que Jesús quiera que sus discípulos tengan de él una visión ajustada a lo que él realmente es, queda claro por el episodio del Evangelio que acabamos de leer.

El centro de interés de este episodio está determinado por la aparente incoherencia de la actuación de Pedro: su profesión de fe en Jesús como Mesías y su negativa a aceptar su destino sufriente - negativa que lleva a Jesús a tratarlo nada menos que de "Satanás". Esta aparente incoherencia se basa en la ambigüedad del concepto de "Mesías" (o "Cristo", como título). "Mesías" era para los judíos en general, el nombre que se le daba al "Salvador" que "salvaría" al pueblo por su acción guerrera de caudillo victorioso y por su acción política de Rey, como David lo había hecho mil años antes. Y para Jesús nada desfigura tanto lo que realmente es como su identificación con un Mesías de esa laya. Por eso, tan pronto como Pedro lo proclama Mesías, se apresura Jesús a precisar que si se lo puede llamar Mesías es en un sentido muy diverso del que se atribuía generalmente a ese título. La mesianidad de Jesús no está emparentada con la de los que eran "ungidos con aceite como reyes", sino con la de quienes eran ungidos con la fuerza del Espíritu de Dios como profetas. Jesús es el Mesías como un Profeta que propone un camino de salvación paradójico y que interpela tanto las conciencias como los criterios sociales y que por eso es perseguido y ejecutado. Y esta opción mesiánica de Jesús es la que le resulta intolerable a "Satanás", al "Príncipe de este mundo", cuyos criterios ve aflorar Jesús en la reprensión de Pedro. Un mesianismo triunfalista y dotado de espectacularidad mundana no constituye ninguna amenaza para Satanás, quien justamente trató de inducir a Jesús, al comienzo de su ministerio, a entrar por ese camino.

Si toda fe muestra su realismo en obras, como nos lo recuerda la 2ª Lectura, nuestra adhesión a Jesús como Mesías crucificado se traduce en ciertos hechos efectivos. Estos son los que Jesús les plantea a sus discípulos al final de este episodio. Los podemos resumir en tres frases.

- "Seguir a Jesús" = Ir a donde Jesús va, e ir por donde Jesús va, es decir, tener la misma meta y estilo de Jesús.
- "Perder la vida por Jesús y el Evangelio" = Jugarse la vida, exponerla, por mantener viva la causa de Jesús en nuestro mundo, es decir, considerar a Jesús y a su Evangelio más importante que la propia vida.
- "Cargar con la cruz" = considerar normal que se nos condene y desprecie, que se nos ridiculice y se nos interprete mal.

El Evangelio de hoy tiene que iluminarnos en la celebración de la Eucaristía, haciéndonos conscientes de que en ella entramos en comunión con el Crucificado y ratificamos nuestro compromiso de hacer de nuestra vida una vida entregada y des-apropiada.

## **DOMINGO 25 - B**

Sb 2,17-20; St 3,16-4,3; Mc 9,29-36

Como el Domingo pasado, el Evangelio nos presenta un anuncio de su Pasión hecho por Jesús y no entendido por los discípulos, y nos habla también de una actitud en que éstos incurrían y que es incompatible con la fe en un Mesías crucificado. La actitud hoy denunciada por Jesús es la *ambición*.

Esta consiste en un afán de ser importante, grande, celebrado, reconocido: de no ser "uno del montón". Este afán aparece indisolublemente vinculado con la búsqueda del poder: político, económico o social, que hace que otros dependan de, o lo necesiten a uno. En el fondo está la percepción de que la vida humana es tanto más plena o rica cuanto más amplia y

decisiva es esa dependencia o necesidad. Y así se llega al siguiente dilema: o somos "señores" y "amos" con poder, o somos "esclavos" sin poder y sometidos a otros o necesitados de otros.

Jesús nos enseña que este dilema es falso: frente a la opción por el poder como dominación está la opción por el servicio incluso en el poder. La servidumbre o esclavitud es impuesta desde fuera y padecida; el servicio nace y brota desde adentro y es libre y liberador. El poder, si no se ejerce como servicio engendra servidumbre en los demás, y también en quienes lo ejercen. Porque viven esclavizados por el temor de perder ese poder en el que ven la raíz de su dignidad e importancia.

Comprender que la plenitud de la vida no se encuentra en el poder sino en el servicio de los demás, es algo que brota - espontánea e ineludiblemente - de la fe en el Hijo de Dios que vino a nuestro mundo humano, "no para ser servido sino para servir" (Mc 10,45). Y esto no es una "moral de esclavos" (como calificó Nietzsche a la moral cristiana), sino que es una opción que surge precisamente de la valoración de la dignidad humana: pero de una valoración que se vuelve indignación al ver que esa dignidad humana se encuentra vejada y envilecida no en unas pocas personas y por culpa de ellas, sino en la gran masa de la humanidad y sin que medie culpa alguna de parte de esos "ofendidos y humillados". Hacerse "servidor" de este gigantesco "desecho" del mundo de los hombres, no es camino de esclavitud, sino de libertad soberana; no empequeñece al que la toma, sino que lo hace de veras más grande ¿O tuvieron mentalidad y espíritu de esclavos el P. Hurtado o la Madre Teresa de Calcuta?

Y el signo más claro del espíritu cristiano de servicio se da cuando todo se ordena a liberar a los necesitados y a no crear vínculos que - manifiesta o disimuladamente - los mantengan en una humillante dependencia. Yo he conocido personas que hablaban de "sus pobres" como quien habla de "su casa", de "su auto" o de "sus joyas".

Sin duda, el vivir el "servicio cristiano" es más difícil para quienes tienen un real y legítimo "poder" en la sociedad. El punto esencial está - para no hablar de la coherencia entre la conducta y el discurso - en procurar que los "súbditos" puedan comprender y abrazar libremente como valiosas las medidas que se consideren necesarias para el bien común. El poder es servicio cuando se lo ejerce educando y enseñando; y esto en todos los ámbitos: familiar, eclesial, empresarial, o político; y ello también teniendo presente que el verdadero enseñar es el aquel que enseña a pensar.

## **DOMINGO 26 B**

Nm 11,25-29; St 5,1-6; Mc 9,37-42.44.46-47

El Evangelio de hoy contiene una serie de dichos de Jesús vinculados entre sí de una manera artificiosa que no es del caso exponer aquí y ahora.

De la media docena de temas diferentes, la Liturgia nos invita a detenernos en el primero de ellos al elegir como 1ª Lectura un episodio del Antiguo Testamento que ofrece un interesante paralelo con la enseñanza o actitud de Jesús evocada en los versículos 38-40 del Evangelio de Marcos. El tema que se subraya en ambos textos es que la generosidad de Moisés y de Jesús es mayor que la de sus seguidores: Josué, el brazo derecho de Moisés, y Juan, el discípulo amado de Jesús, aparecen inspirados por una actitud exclusivista y celosa, que es criticada respectivamente por Moisés y por Jesús.

Evidentemente, la Iglesia quiere que revisemos "de qué espíritu somos" para que no vayamos a convertirnos, no sólo en "más papistas que el Papa", sino incluso en más "cristianos que Cristo".

Creo que la actitud que los textos de hoy nos proponen como importante de asumir, se expresa muy concisamente en la famosa consigna de Lutero: "Dejar que Dios sea Dios", sin pretender que siempre sus actitudes tengan que coincidir con las ideas que nos hemos formado de ellas. Los Padres de la Iglesia habían ya creado una máxima que los monjes - y en general los cristianos - tenían que repetir constantemente: "Deus semper maior". Dios es siempre más grande que las imágenes que de él nos vamos construyendo.

Todos los atributos de Dios son más grandes que los conceptos y contenidos que de ellos nos forjamos. Pero quizá el que más insuficientemente captamos sea su misericordia. Es evidente que Dios es justo; pero forma parte de su justicia el tomar en cuenta nuestra fragilidad y nuestra dificultad para llegar a tener una plena claridad sobre el valor o alcance de lo que somos. Ya lo había percibido un salmista: "Como un padre se enternece con sus hijos, se enternece el Señor con quien lo teme. El bien sabe cómo fuimos formados, y recuerda que no somos más que polvo" (S 103 [102] 13-14)

Sólo en cuanto vamos tomando conciencia de que necesitamos el perdón de Dios, tiene que desarrollarse en nosotros la tendencia a no erigirnos en jueces rigurosos de las conductas ajenas.

La medida de nuestra capacidad de acoger la misericordia de Dios hacia nosotros está dada por la medida en que somos capaces de alegrarnos por la misericordia de Dios que se despliega en nuestros hermanos.

## **DOMINGO 27 - B**

Gn 2,18-24; Hb 2,9-11; Mc 10,2-16

En el Ev. de hoy encontramos la indisolubilidad del matrimonio enseñada claramente por Jesús como correspondiente a la voluntad creacional de Dios expresada en las palabras del Génesis: "Llegarán los dos a ser uno": palabras selladas por Jesús con su memorable "Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre". Esta enseñanza de Jesús nos incita a buscar las raíces profundas de esa indisolubilidad que a menudo no resultan perceptibles o plenamente convincentes para nuestra inteligencia. Porque hay que darle la razón al Cardenal Ratzinger cuando dice que "por puro derecho natural no se puede deducir la unidad e indisolubilidad del matrimonio"(Sel. Teol.,9 [1970], 246). Estimulados por la enseñanza de Jesús, podemos situar las raíces de esta indisolubilidad, por una parte, en la profundidad radical de la comunión interpersonal que se da en la mutua entrega sexual, y por otra, en el derecho de los hijos a crecer y desarrollarse en una familia que les permita experimentar asociadamente el amor de ambos padres.

Creo que es bueno tener presente que Jesús les plantea esta exigencia a sus discípulos cuando tanto la legislación judía (el A.T.), como la pagana permitían el divorcio. Por consiguiente, él confía su enseñanza a la conciencia y a la fidelidad de quienes quieren seguirlo como maestro de una nueva forma de enfocar y de vivir la vida. Jesús no estaba aboliendo la legislación vigente, sino enseñando a vivir sin reconocerla como normativa y como válida para sus discípulos.

Un presupuesto para contraer un compromiso conyugal que pueda resultar definitivo es tener presente que el amor no es una fuerza ciega e incontrolable. El amor puede - y debe ser - cultivado, conservado y desarrollado. Muchas veces los fracasos matrimoniales se deben a que no se hacen esfuerzos por salvar el amor (a veces se quiere salvar el matrimonio sin salvar el amor, lo que conduce a situaciones inhumanas e insostenibles). Hay muchas parejas que se dan por vencidas a la primera, sin encarar el desafío de vivir una etapa diferente del amor.

Porque el amor conyugal verdadero no puede mantenerse idéntico a sus primeras manifestaciones, y hay que ser realistas para aceptar su ineludible transformación.

Se impone también una consideración que puede parecer de perogrullo: para que sea indisoluble, el matrimonio tiene que ser *válido en el momento en que se lo contrae*. Y lo pueden hacer inválidos razones de muy diverso orden: por ejemplo, la consanguinidad próxima, incluso si es ignorada por los contrayentes; la incapacidad psicológica de contraer compromisos definitivos; la convicción de que quienes ven fracasado su matrimonio tienen el "derecho a rehacer sus vidas"; el postular para sí o admitir para el cónyuge, la libertad para vivir amores extra-conyugales; la decisión de no tener hijos... Y todo el mundo sabe que para los bautizados católicos, el matrimonio civil no tiene carácter de verdadero matrimonio, por lo que la Iglesia siempre ha admitido al sacramento del matrimonio a quien ha estado "casado sólo por el civil" con otra persona.

Tenemos que convencernos de que no podremos tener familias estables y unidas, si no inculcamos a las generaciones jóvenes dos actitudes esenciales: 1) el sentido de la *fidelidad* a los compromisos adquiridos y a la palabra dada, *en todos los ámbitos o campos*, lo que no resulta fácil ni obvio en un mundo en que todo es desechable y sustituible de acuerdo con los deseos y caprichos, y 2) una comprensión de la *sexualidad* con toda su riqueza, seriedad y profundidad, sin admitir que se la trivialice de manera irresponsable como si fuera un deporte más excitante.

Sin estos valores, no hay ley alguna que logre salvar lo que Jesús quiso que tuviera vigencia en la convivencia humana.

## **DOMINGO 28 -B**

Sb 7,7-11; Hb 4,12-13; Mc 10,17-30

Es bueno comenzar a tratar el tema planteado por los textos bíblicos de hoy afirmando sin reticencias que para el cristianismo los bienes materiales (cuya carencia es la pobreza y cuya abundancia es la riqueza) son verdaderos bienes, necesarios para el mantenimiento de la vida y para el logro de una mejor calidad de ella. Nada más lejos del espíritu cristiano que el menosprecio maniqueo de tales bienes por ser materiales, y por ende malos. Y la primera conclusión que de esto se desprende es que la pobreza que sufren los pobres es un mal, y que es un deber moral luchar para que ella no exista.

Pero esos bienes, nos dice la 1ª Lectura no son el bien más importante de la vida. Lo fundamental es poseer la "sabiduría": no esa que nos hace eruditos especializados en una rama del saber, sino esa que - en términos de Aristóteles - es "arquitectónica", porque nos da la comprensión del sentido global de la realidad y de la vida; esa que nos da una justa escala de valores y nos enseña a vivir; esa que - según la 1ª Lectura - nos lleva precisamente a relativizar los bienes materiales; esa que, por lo mismo, se pierde, o es imposible de adquirir, cuando los bienes materiales pasan a ser el centro o el eje de la existencia; esa que nos permite poseer y usar como se debe los demás bienes.

Pero no todo queda dicho acerca de los bienes materiales cuando se señala que sólo deben ser apreciados en la medida que les corresponde, sin sobrevalorarlos. Hay que añadir de inmediato que su acumulación - es decir la riqueza - plantea problemas específicos. Sin decir nunca que ella es un mal, el N.T. subraya enfáticamente que ella es una realidad ambigua y *peligrosa*. El peligro mayor que ella envuelve es que incita a una "perversión" en la zona más profunda de la existencia, por cuanto induce a mirarla no como un medio para servicio de nuestra vida, sino como una meta o un fin que nos convierte en servidores de ella; toda nuestra capacidad de pensar y de actuar comienza a funcionar en una sola dirección: cómo defender,

augmentar y consolidar la propia posesión, cómo perpetuar y mejorar la situación existente. Y así la riqueza se convierte en el rival de Dios, según la frase de Jesús: "Nadie puede servir a dos señores; no podéis servir a Dios y a la riqueza" (Mt 6,24).

Otro peligro que ella envuelve - pariente próximo del recién mencionado - es el de distorsionar la capacidad de ver objetivamente el real ámbito de lo necesario: mientras más se tiene, más necesarias nos parecen las cosas que no tenemos. El juicio instintivo de nuestra razón, de que es la necesidad lo que justifica la apropiación, nos lleva a declarar "necesario" todo lo que deseamos, pues sentimos que no es correcto adquirir cosas por capricho o vanidad.

Un tercer peligro de la riqueza, es que ella altera fácilmente nuestra escala de valores: se nos confunde lo valioso con lo caro, y perdemos la capacidad de reconocer la importancia de lo gratuito, de las cosas simples, de aquello que no se transa en el mercado, y así pasa con el tiempo, que se valoriza sólo en la medida en que se le destina a los negocios, restándolo a la familia, a la cultura y a todo aquello que enriquece en otra forma nuestra vida.

Entre otros muchos peligros más que entraña la riqueza, está el que ella puede afectar nuestro sentido de la equidad y la justicia, distrayéndonos de prestarle atención a la injusticia objetiva que hay en la distribución real de los bienes en nuestra sociedad. Del hecho evidente de que siempre habrá ricos y pobres, sacamos la conclusión de que no hay razón para preguntarnos si es justo que en una misma sociedad haya unos *tan ricos* al lado de otros *tan pobres*.

No es fácil sortear todos estos peligros de la riqueza, y es muy fácil que cada uno de ellos se asocie con uno o más de los otros, y así las "jorobas" del camello crecen y se multiplican, haciéndole imposible el paso por el ojo de la aguja. Pero Jesús nos dice que "lo que es imposible para los hombres es posible para Dios". Por eso nunca me he desalentado - durante más de cincuenta y cinco años de vida sacerdotal - en la tarea de hacer pasar camellos por el ojo de una aguja.

## **DOMINGO 29 - B**

Is 53,10-11; Hb 4,14-16; Mc 10,35-45

Después del amor conyugal (Dgo.27) y de las riquezas (Dgo.28) nos encontramos hoy con el poder. En la vida humana estos tres elementos son indispensables, pero también en ellos fácilmente el egoísmo se hace presente y los corrompe.

Para abordar debidamente el problema del poder, puesto en peligro por esa forma de egoísmo que es la ambición, creo útil plantear una distinción importante: la que hay entre "poder" y "autoridad". El poder es la capacidad institucional de tomar decisiones que obliguen legalmente a otros (aunque hay "poderes fácticos" que obligan y se imponen no legalmente). La autoridad, en cambio es otra cosa, pues le damos este nombre espontáneamente a la capacidad carismática que tienen algunas personas de tomar decisiones o actitudes que arrastran libremente a otras a entrar por ese mismo camino. Sin duda alguna, el poder como tal es necesario. La ambición corruptora del poder es la que ejerce o desea ejercer el poder sin preocuparse de poseer la "autoridad" correspondiente. Y, para Jesús, la única forma de ejercer el poder con esa autoridad, es ejercerlo como un servicio en beneficio de los demás, y no de uno mismo. Y el signo de un poder ejercido como servicio es la capacidad de reconocer y fomentar las diversas formas y especies de autoridad no institucional que se dan siempre en el cuerpo social. El poder celoso y susceptible es un poder no redimido del egoísmo. Para un cristiano, el modelo decisivo es Cristo, lleno de autoridad, pero despojado de todo poder

mundano para hacerse "el Servidor" descrito ya en el Libro de Isaías (1ª Lectura), y participe de nuestras debilidades según la Carta a los Hebreos (2ª Lectura).

Y su poder mesiánico, Jesús lo quiso compartir con sus discípulos. Él ha querido que sus seguidores compartan todo lo suyo. Entre otras cosas, él quiere que todos sus discípulos hagamos nuestra su misión y su tarea específica, y no quiere que nadie en la Iglesia se apropie de esta plena identificación con él. A la Iglesia no se entra para buscar un beneficio para uno mismo, sino para servir al mundo de los hombres con la mayor fuerza que poseemos: nuestra visión de la realidad y de la vida centrada en Cristo. Lo que S. Pablo llama "la maravilla de haber conocido a Cristo Jesús nuestro Señor", no es algo para disfrutarlo egoístamente, sino para hacérselo descubrir y disfrutar a todos lo que nos rodean.

Cuando hablamos de misiones, nuestra mente evoca unos "misioneros" muy diferentes de nosotros y unos países muy distintos del nuestro. La verdad es que esa Misión de Cristo la tenemos que asumir y desplegar todos nosotros y en nuestro propio país (y hasta en nuestro propio barrio o ambiente social). Es dramático pensar que son cada vez más numerosos, en nuestro propio medio, los que no descubren en Cristo una manera de vivir infinitamente más rica y gozosa que la de los que no lo conocen. Si de veras para nosotros Cristo es el eje de nuestra vida, es imposible que nuestra fe no sea contagiosa; y recordemos que Pablo VI decía que la fe cristiana sólo se propaga por el "contagio de la experiencia cristiana" (E.N.).

### **DOMINGO 30 -B**

Jr 31,7-9; Hb 5,1-6; Mc 10,46-52

Con el sentido de la vista podemos utilizar la luz, que es la que nos permite ver lo que nos rodea y por lo tanto caminar con seguridad. Al hablar de este sentido, pasamos en forma espontánea del nivel corpóreo al nivel existencial, y ciertamente usamos los términos "ciego", "clarividente" o "miope" más a menudo en sentido figurado que en sentido propio. Y también Jesús hace lo mismo cuando habla de los fariseos como "guías ciegos" y cuando nos previene del peligro de caer en un "estrabismo" que nos haga poner un ojo en Dios y el otro en la riqueza.

Y es muy claro que el evangelista Marcos quiere que percibamos el sentido simbólico de la curación de ciegos por Jesús. En su evangelio nos narra la curación de dos ciegos: el de Betsaida y el de Jericó, y es muy importante ver en qué contexto las sitúa: la del de Betsaida se narra inmediatamente después de una escena en que los discípulos se muestran incapaces de comprender el sentido de lo que Jesús les quiere decir, y que termina con las siguientes palabras: "¿Aún no comprenden ustedes?" y la de hoy, la del de Jericó, se narra inmediatamente después de la escena en que, como reacción frente al anuncio de su Pasión hecho por Jesús, se nos presenta a los discípulos entregados a ambiciones de poder y de honor. Imposible decir más claro que para el evangelista los ciegos eran los discípulos, y que la verdadera ceguera es la que consiste en no comprender a Jesús como realmente es.

Estas narraciones están destinadas a que los lectores del evangelio nos preguntemos qué significa o qué valor tiene para nosotros el conocimiento de Cristo: pregunta que adquiere toda su fuerza cuando tomamos conciencia de que tres de cada cuatro habitantes de nuestro mundo no lo conocen en absoluto o tienen de él un conocimiento tan vago o lejano como el que nosotros tenemos de Buda o de Confucio. ¿Es nuestro conocimiento de Cristo un conocimiento que surge de una experiencia trastornadora que llena de sentido luminoso nuestra vida, que nos hace ver la realidad con otros ojos, y que hace de la persona de Jesús el

centro y el eje de toda nuestra existencia? ¿Reconocemos la "buena noticia" que en su persona se esconde?

Si conocemos así a Cristo, se nos hará claro que a quienes no lo conocen les falta la posibilidad de acceder a esa dicha inmensa que a los creyentes se nos ha dado, sin merecimiento nuestro, de sentirnos y sabernos amados por Dios con un amor sin límites. Si lo conocemos así, nos sentiremos realmente solidarios de quienes han hecho del anuncio del Evangelio la tarea única de su vida. Es más, si lo conocemos así, la necesidad de hacer algo nosotros mismos por la difusión de esa buena noticia (que hemos experimentado como buena y gozosa), se convertirá en una fuerza imperiosa, creativa, incansable.

Si nuestro conocimiento de Jesús no nos lleva a estas actitudes, quiere decir que somos ciegos, porque no hemos comprendido a Jesús, y tenemos que dirigirnos a él con las palabras del ciego de Jericó: "Maestro, haz que vea", para que - como él - podamos "verlo y seguir a Jesús por el camino".

### **DOMINGO 31 -B**

Dt 6,2-6; Hb 7,23-28; Mc 12,28-34

Muchas veces he comentado con ustedes que la gran novedad del mensaje de Jesús consistió en darle presencia al *reinado de Dios*, confinado por sus contemporáneos en un espacio y un tiempo diferentes de los de nuestra vida y nuestra historia. Este "acercamiento" del reinado de Dios a favor de los desheredados y de los pecadores, es la esencia misma del Evangelio.

Para los judíos contemporáneos de Jesús la *voluntad de Dios* se expresaba íntegra y definitivamente en la Ley dada hacía siglos por Moisés. En esto también el mensaje de Jesús nos trae a nuestro presente, a nuestro "aquí y ahora". Para Jesús la voluntad de Dios está siempre cerca de nosotros, porque se encarna en el "prójimo" que requiere de nosotros respeto, estimación de su dignidad, y servicios.

Por cierto, para Jesús Dios es por definición el centro de toda nuestra vida, y eso lo expresa con la fórmula del Deuteronomio 6,4-5 que los judíos rezaban (y rezan) tres veces al día. Para Jesús, Dios es el Absoluto, el Primero, el que nos ha amado; y "amarlo" consiste en alegrarse de que Dios sea Dios y en dejarse amar por él con gozo y gratitud, y también en hacer propio ese amor de Dios con toda su universalidad.

Pero Jesús no quiere que esta universalidad se quede en lo abstracto. Para él, lo decisivo se juega en el hermano que por una u otra razón llega a estar "cerca" de nosotros. Y esto lo expresa con un oscuro precepto que se encontraba en Lev 19,18: "No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo, Yahveh". A estas palabras, Jesús les atribuye el carácter de expresión íntegra y cabal de "la Ley", de la voluntad sagrada de Dios, y así lo entendió la Iglesia primitiva (Mt 22,37-40; Rom 13,8-13; Gal 5,13-14).

Este "amor" al hermano cercano no es un sentimiento afectivo, como la simpatía, la amistad o el "enamoramamiento". El implica sobre todo tres cosas:

- 1) *respeto* de sus derechos, y - en primer lugar - de su derecho a no verse reducido a "objeto" o "instrumento" de nadie (ni de nada).
- 2) *voluntad* de servicio efectivo si se encuentra en necesidad (cf. 1Jn 3,17; Sant 2,15)
- 3) aceptación de la posibilidad y deseabilidad de entrar en *comuni3n* con él.

Ustedes comprenden que una vida dominada por el amor, como lo entiende Jesús se torna muy imprevisible, y que todo "encuentro" con otro viene cargado de "sacralidad": cada hermano es de veras un "sacramento" que nos trae a Dios y que nos lleva a Dios.

### **DOMINGO 32 -B**

1 R 17,10-16; Hb 9,24-28; Mc 12,38-44

El episodio que nos narra Mc hoy día nos revela muy significativamente el espíritu de Jesús: la ostentación, la vanidad y la codicia de quienes se creen importantes por su saber o por la esplendidez de sus limosnas, le parecen vacías de todo valor y hasta ridículas; en cambio atrae su mirada, su simpatía y admiración la acción de una viuda pobre que hace una ofrenda insignificante.

"Jesús comenta la escena. Al revés de los ricos, que ofrendan mucho pero sólo dan una exigua parte de su hacienda, sin que disminuyan en lo más mínimo los medios necesarios para subsistir, la mujer, con solo echar una cantidad mínima, entrega toda su fortuna. El comentario de Jesús es fácil de entender. Jesús rechaza considerar el valor bruto del donativo material que se hace; tan sólo quiere ver su valor relativo, es decir, la importancia que el objeto o la suma entregados revisten para el donante, habida cuenta de sus recursos". (L. Monloubou).

Esta actitud no era desconocida en el A.T., como lo demuestra el texto sobre Elías y la viuda de Sarepta (1ª Lectura). También se encuentra el tema del posible gran valor de una pequeña ofrenda en la tradición budista y en algunos textos de la literatura clásica griega ("El que de poco ofrece un don pequeño, no debe ser tenido en menos que quienes de mucho y grande, ofrecen mucho y abundante": Jenofonte, Memorabilia,1.3,3). Y en el Talmud se narra la anécdota de un sacerdote que se había reído de la insignificancia de la ofrenda de una mujer pobre, y al que Dios le dijo en sueños: "No la desprecies, pues es como una que se ha ofrecido a sí misma".

Pero no hay duda que, en Jesús, la actitud reflejada en su palabra sobre la ofrenda de la viuda pobre, hunde sus raíces en la percepción que él tiene de lo que es lo que le da valor a la religiosidad. Para Jesús, el valor de la religiosidad depende de la conciencia que se tenga del carácter de "don gratuito" que tiene nuestra vida con todos sus bienes. El que de verdad se siente inmerecidamente amado y perdonado expresa su gratitud con mucha generosidad, mientras que quien es menos consciente de la maravilla de ser gratuitamente amado por Dios, no se siente tan movido a expresar su gratitud (cf. Lc 7, 36-47).

El centro de la reflexión de Jesús acentúa que la riqueza, que de suyo es un bien, a menudo se convierte en un obstáculo para que tomemos conciencia de la dimensión gratuita de la vida, ya que induce a ver toda la realidad con la lógica del mercado, del precio de la relación costo - beneficio. Es por eso que es una experiencia reconocida que los pobres dan con mucho más facilidad y generosidad que los ricos. El rico da de lo que le sobra, el pobre da de lo que tiene para vivir, y esto es lo que se destaca hoy para movernos, a los que poseemos más, a una actitud de mayor generosidad.

### **DOMINGO 33 -B**

Dn 12,1-3; Hb 10,11-14.18; Mc 13,24-32

Creo que es honesto partir reconociendo que los textos de hoy son difíciles, en buena parte porque reflejan una visión del mundo que ya no es la nuestra, pero también porque su

coherencia está lejos de ser clara. Resulta imposible en una homilía resolver todos estos problemas. Debemos contentarnos con subrayar lo que se desprende con inequívoca claridad de los textos que son la palabra de Dios para nosotros hoy.

Me parece que una primera idea básica contenida en nuestros textos es que la existencia cristiana dista mucho de ser cómoda y tranquila, susceptible de ser vivida por "inercia" y con un ritmo rutinario. Ante todo, porque ella nos exige opciones siempre nuevas o renovadas, basadas en un discernimiento inteligente que nos permita distinguir, en la realidad cambiante y siempre ambigua, lo que es conducente al Reino de Dios, y lo que lo obstaculiza; no vivimos, por ser cristianos, en una burbuja extra - terrestre, sino que estamos expuestos a todas las olas y corrientes de nuestro mundo, y se nos impone la necesidad de utilizar y potenciar las fuerzas humanizantes y de denunciar y neutralizar, en la medida de lo posible, las fuerzas que tienden a reducir al hombre a la condición de objeto manipulable y transable. Pero, además, resulta imposible vivir la existencia cristiana de manera pasiva o de rutina, porque siempre ha habido y siempre habrá un conflicto entre la fe y lo que la Biblia llama "el mundo": la fe denuncia "el pecado del mundo", y "el mundo" denuncia el carácter alienante o anacrónico de la fe por sus afirmaciones ilusorias que chocan contra la realidad del mal en todas sus formas; así es que la existencia cristiana nos exige "pensar nuestra fe poniéndola en contacto con nuestra cultura, lo que trae consigo inevitablemente cuestionamientos e inquietudes. Es sospechosa una fe que no ha conocido dudas o que no ha experimentado el vértigo que produce la posibilidad de que todo carezca de sentido.

Y esto que acabo de decir nos acerca a la otra afirmación contundente contenida en los textos de hoy, y es, que el verdadero sentido de nuestra existencia sólo se hará visible en el futuro. No en cualquier futuro, sino en ese que "se hará presente" cuando Cristo resucitado se manifieste y nos haga posible el "estar con él para siempre". La esperanza es una dimensión entrañable de nuestra fe cristiana. La realidad que nos es dable experimentar ahora es solo una sombra o un primer bosquejo de la realidad plena (cf. 2 Cor 4,17-18). Esta esperanza cristiana no tiene nada que ver con ese "optimismo" irracional basado en el mito del "Progreso", sino que se funda en la promesa de Dios y en el hecho de la Resurrección de Cristo, que lo constituyó en un "nuevo Adán", semilla de una nueva humanidad. Nuestra esperanza no es - no puede ser - una mera "espera" pasiva; ella se muestra auténtica cuando se expresa en una decisión de darle, por medio de una actividad eficaz, una presencia anticipada - imperfecta pero real - a lo que es objeto de nuestra esperanza. Si esperamos de veras esa "tierra nueva donde habita la justicia", tenemos que esforzarnos para que la justicia tenga más vigencia en nuestra tierra; si esperamos de veras ese banquete del Reino donde tendrán parte todos los hijos de Dios, tenemos que esforzarnos por hacer posible que los hombres vivamos ya un poco más como hermanos; si esperamos de veras encontrarnos con Cristo para estar siempre con él, no podemos dejar de darle una porción significativa de nuestro tiempo a buscar el rostro del Señor en la oración personal y en la meditación del Evangelio. De otro modo nuestra esperanza es un "opio" alienante. "¿Qué clase de amor a Cristo es el de aquel que teme su venida?" (S. Agustín).

### **CRISTO REY - B**

Dn 7,13-14; Ap 1,5-8; Jn 18,33-37

Todo el ministerio de Jesús estuvo centrado en la proclamación, como "buena noticia", de que el reinado de Dios se estaba poniendo al alcance de la mano, como una experiencia posible, por medio de la actuación del propio Jesús: el *poder* del Reino de Dios se estaba

desplegando a través de las curaciones y de los perdones de Jesús, y los criterios del reinado de Dios se estaban manifestando a través de las actitudes y enseñanzas de Jesús. Este papel de Jesús en el "acercamiento" del reinado de Dios podía incitar identificarlo como "el Mesías", es decir, como el esperado Rey de la dinastía davídica: Jesús se mostró siempre reticente frente a esta identificación por sus connotaciones políticas y guerreras. Él se sentía el vehículo de un reinado de Dios destinado a liberar no a una nación sino al hombre. Muchos esfuerzos tuvo que desplegar Jesús para disipar este equívoco no sólo en la masa del pueblo sino también en la mente de sus discípulos. Quizá lo más difícil de extirpar haya sido la idea de que en el reinado de Dios podían haber algunas formas de dominación coactiva o de privilegios excluyentes. Jesús tuvo que ser enfático en inculcar que la única forma de relación que cabe en el reinado de Dios es el servicio desinteresado; y esto lo subrayó diciendo que él mismo no había venido a ser servido sino a servir, porque esta es la única manera de contribuir a que los hombres lleguen a ser plenamente libres. Porque para Jesús el reinado de Dios no significa anonadamiento del hombre o de su libertad, sino, por el contrario, el máximo desarrollo pensable de su dignidad y máximamente de su libertad.

Todo este asunto de la caracterización de la persona y de la misión de Jesús, aparece en el diálogo entre Jesús y Pilato que nos presenta el Evangelio de hoy, y en torno precisamente a la cuestión de si, cómo y en qué sentido le corresponde a Jesús el título de rey. En este diálogo encontramos dos grandes afirmaciones de Jesús. En la primera, que su realeza no es de "este mundo". Esta afirmación no nos resulta ya difícil de comprender; ella significa que el origen de su condición de rey no estriba en algún ordenamiento humano del poder político, sino que tiene que ver con el reinado de Dios, y esta diferencia se manifiesta en que la realeza no se impone ni se sostiene con el recurso a la fuerza.

La segunda afirmación nos puede, en cambio, parecer algo enigmática: "Soy rey. Yo nací y vine al mundo para ser testigo de la Verdad". En esta frase, sin embargo, se juega lo más profundo y decisivo del pensamiento de Jesús sobre el reinado de Dios: este reinado sólo es posible cuando se comprende y se acepta a Dios tal como él es. Todo lo demás es secundario o una mera consecuencia. Y Dios no puede reinar por imposición. Y aunque pudiera, le repugnaría por ser indigno de él y de los hombres, a quienes ama y respeta. De manera que la raíz y la condición "sine qua non" del reinado de Dios es que se esfumen todas las caricaturas suyas y que se nos manifieste su verdadero rostro. El ser profundo de todos los seres está siempre como escondido, y para llegar a él tenemos que descorrer muchos velos antes de que se nos muestre en su "verdad". Esto vale con mucho mayor razón de Dios, realidad última y fundante de todo lo que es. Y es precisamente en Jesús donde la Verdad de Dios se manifiesta como amor salvador, al mismo tiempo gratuito y exigente. Jesús hace posible el reinado de Dios por cuanto revela la Verdad con mayúscula, la Verdad de Dios, la que nos hace plenamente libres (Jn 8,32); y él mismo es Rey en cuanto es "testigo de la Verdad".

Y nosotros pertenecemos a su Reino en la medida en que permanecemos en la Verdad y no nos dejamos encandilar por el oropel de esas formas de poder mundano que nos esclavizan tanto si las padecemos como si las ejercemos. Y la garantía de que estamos en la Verdad, es el espíritu y la capacidad de volcarnos por amor al servicio de los demás.